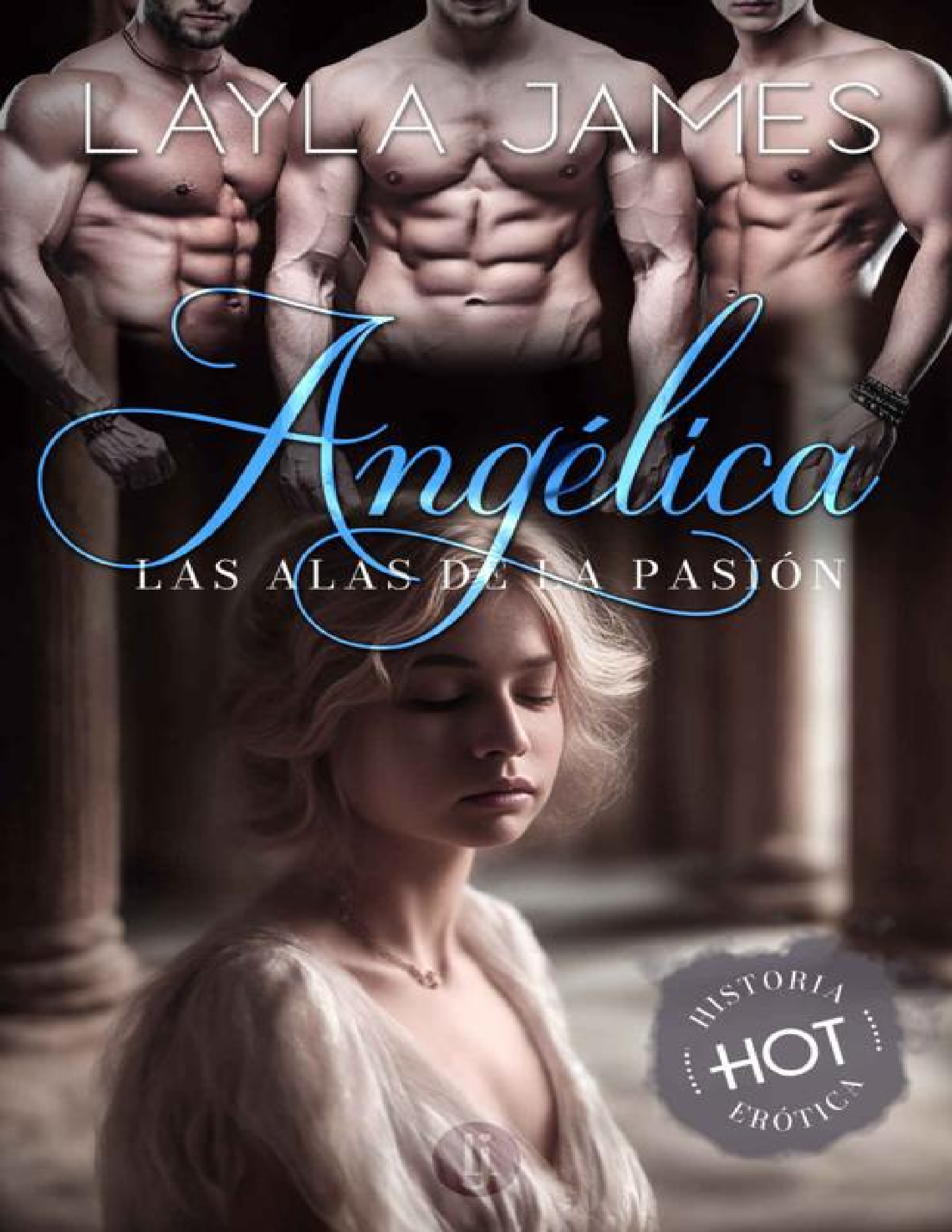




LAYLA JAMES

Angélica

LAS ALAS DE LA PASIÓN

HISTORIA
HOT
ERÓTICA

Layla James

Angélica Las Alas de la Pasión

* * *

HISTORIA ERÓTICA

© Copyright 2024 Layla James
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados al Autor

Queda prohibido cualquier uso, total o parcial de la obra, salvo consentimiento del autor. Cualquier reproducción no expresamente autorizada por el autor se considerará como una violación del copyright.

Esta novela es una obra de ficción.
Cualquier referencia a lugares, hechos o personas reales es fruto de la imaginación del autor a los efectos de la narración.

Angélica pasó sus ahusados dedos por su largo cabello rubio, agitando los mechones ondulados para hacerlos aún más vaporosos. Frente al gran espejo del armario, entrecerró sus párpados para comprobar el ligero toque de rímel que resaltaba sus ojazos verdes y dio un beso al aire, con sus labios afinados por un elegante rosa melocotón.

Deslizó sus manos por el ajustado top blanco, que realzaba sus jóvenes y exuberantes pechos, hasta pasar sobre la piel bronceada de su vientre expuesto. Sacudiendo las caderas, se acomodó los vaqueros en la cintura para que ciñeran bien las formas redondas de su culito que sobresalía irreverentemente, empujado aún más alto por los tacones de cinco centímetros de sus sandalias de cuero negro. Se aseguró de que el fino tanga no se notara debajo de la tela, y finalmente sonrió satisfecha con su apariencia.

—Perfecta.

Eran poco más de las cinco de la tarde: en menos de una hora ella y sus dos mejores amigas, Paige y Violet, habrían cruzado la entrada del Renaissance Festival, la feria renacentista que se celebraba como cada verano en las afueras de Manchester, a unos cuantos kilómetros de su casa.

El ambiente que se creaba en aquella feria, gracias a los trajes de época que vestía la mayoría de la gente, era cuando menos mágico y finalmente, a los dieciocho años cumplidos, Angélica podía ir sin la engorrosa compañía de sus padres. No veía la hora de estar en medio del pandemónium, haciendo el tonto con sus amigas, divirtiéndose comiéndose con los ojos y provocando a algún guapo muchachote.

Cogió su bolso de la mesita de noche, puso el teléfono dentro y bajó corriendo las escaleras, antes de detenerse para despedirse de sus padres.

Los vio en la ventana, semi ocultos por las cortinas, escudriñando abstraídos los movimientos en el jardín de la casa de al lado.

Echó un vistazo lo suficientemente rápido como para distinguir el logotipo de una empresa de mudanzas en el camión estacionado enfrente, luego llamó su atención haciendo que ambos se giraran.

—¿Qué tal estoy?

—¡Dios mío, Angie, eres un encanto! —La madre, aprensiva, frunció el ceño—. ¿Pero no tendrás frío con el vientre descubierto? —En realidad su preocupación se dirigía a algo totalmente diferente —. Podrías ponerte una sudadera encima...

Angélica sabía bien a dónde quería llegar su madre. —Mamá... Tengo casi diecinueve años, ¿todavía crees que soy tan ingenua? Además no iré sola, Paige y Violet también estarán allí.

El padre ahogó una carcajada bajo su largo bigote negro. —Entonces estaremos bien...

—¿Qué quieres decir, papá? —Puso las manos en sus caderas.

—Nada, nada... Diviértete y no hagas nada que yo no haría, ¿vale?

—Dalo por hecho. —Le mostró la lengua y se dirigió mosqueada hacia la puerta.

Rápidamente subió a su Micra verde rana, lo puso en marcha y salió como un rayo. Ya eran las cinco y veinte, tenía que recoger a sus amigas y encontrar sitio para estacionar en la feria, todo antes de que comenzara la ceremonia de apertura, con los discursos del Rey y de su improvisada Corte incluidos. Era quizás la parte más divertida, con todos esos chicos disfrazados a la caza de hermosas jovencitas.

Al llegar frente a la casa de Paige, pitó tres veces y, unos segundos después, vio a sus dos amigas salir corriendo por la puerta principal, ya disfrazadas.

El traje de Paige no era exactamente renacentista: un vestidito corto de encaje negro, bajo el cual se traslucía el sujetador morado que empujaba sus tetas hacia arriba. Un par de botas negras brillantes, de tacones de doce centímetros, cubrían sus piernas hasta la mitad del muslo, dejando

entrever una porción de piel desnuda y resaltando su espigado físico. Su largo cabello moreno caía más allá de sus hombros, liso y ordenado, pero duraría poco así: hacerse hacer trenzas sería una de sus primeras paradas.

Violet, en cambio, como era de esperarse, llevaba el vestido renacentista de su madre, comprado en su momento para la ocasión, de pesado terciopelo color burdeos, ceñido a la cintura, con un amplio escote en el pecho que no dejaba nada a la imaginación. Maniática de los detalles, ya había arreglado su cabello color miel en un peinado perfectamente acorde a la época, con dos largas trenzas atrás y otras dos que adornaban su cabeza a modo de corona, para luego cerrarse en la nuca.

Se acercaron al auto de Angélica haciendo poses y piruetas como dos bailarinas para mostrarse ante los ojos de su amiga.

—Vale, estáis preciosas, pero daos prisa que llegamos tarde.

Violet inclinó hacia delante el asiento del pasajero, se subió el largo vestido, y ocupó su lugar en la parte trasera.

—Qué calorcillo hace aquí, Angel. ¿No podías encender el aire acondicionado?

—Caramba, Violet, estás vestida con terciopelo, afuera hace casi treinta grados, y si tienes calor, ¿la culpa es mía? De todas maneras, mi Froggie no tiene aire acondicionado, pero puedes abrir las ventanas.

—¡Fiuuu, qué lujo! —Quitó los pestillos de las ventanas con bisagras y abrió los cristales esos pocos centímetros que era posible. —¡Ah, eso es! Ahora sí que está fresco.

Paige se hundió en el asiento delantero y cerró dando un portazo.

—Chicas, ¿no estáis emocionadas? ¡Seremos las más sexys de la feria!

Angélica la miró de arriba a abajo.

—Tú seguramente sí. Pareces vestida como una *maîtresse* aburguesada... Más que como una dama del renacimiento.

Las tres se echaron a reír, mientras el Micra expresaba todo su carácter competitivo en una aceleración digna de un caracol exhausto.

T ras los doscientos metros sin asfaltar que conducían al estacionamiento, el empleado del aparcamiento les señaló una plaza libre. Finalmente Angélica detuvo el vehículo, apagó el motor y puso el freno de mano. Sacó el parasol de debajo del asiento y lo colocó sobre el salpicadero.

Violet fue la primera en explotar:

—Bueno, ahora que estoy bien agitada puedo arrojarme al contenedor de residuos orgánicos. — La prodigiosa suspensión del Micra, en efecto, había vivido días mejores.

—Deberías simplemente agradecerle a mi Froggie: si no fuera por él...

—Seguro. Al menos las vibraciones habrán sido buenas para mi celulitis. Pero ahora dejadme salir, que me estoy muriendo.

Paige bajó del auto e inclinó el asiento para que su amiga pudiera salir. —¿Cuándo dejarás de fastidiar, Violet? —Levantó los brazos admirando las nubes blancas que se perfilaban en el límpido cielo azul—. Mira qué día, es perfecto.

—En verdad, veo nubes amenazadoras que sólo esperan vernos entrar.

Angélica escondió sus teléfonos en el maletero, ya que no estaban permitidos en la Feria, y luego cerró el coche. —Así, tal vez, con un poco de agua te refrescas las ideas y dejas de quejarte.

Acomodó el bolso en su hombro y cogió a sus dos amigas del brazo. —Hala, vamos, que está a punto de abrir; ¿no estáis emocionadas? Yo no veo el momento de estar dentro.

Paige echó un vistazo al cielo. —Efectivamente, esas nubes allá en el fondo no auguran nada bueno—. Cruzó los dedos índice y medio de su mano derecha—. Lo único que falta es que la primera vez que conseguimos venir solas, nos pille la lluvia.

—Uh, imagina tu hermoso vestido de encaje negro todo mojado y pegado... Harás estragos entre los hombres guapos del lugar.

Paige esbozó una sonrisa torcida. —Sí, no había pensado en eso, Angel. Entonces esperemos que llueva...

Las tres chicas se metieron entre la multitud que se agolpaba para hacerse con los billetes. En pocos pasos, alcanzaron las puertas del ingreso a la feria.

Angélica dio un codazo a sus dos amigas y señaló con la barbilla a los tres jóvenes encargados de los controles, que bromeaban entre ellos dispensando generosamente humoradas en un colorido lenguaje “histórico” a todas las visitantes disfrazadas.

—Uhm, esperemos que nuestras entradas no sean válidas, realmente me apetece ver cómo nos multan...

Violet se giró con un ligero silbido de apreciación. —Fiuu... Vestidos así, como piratas, son realmente guapísimos. Esperemos que de verdad nos arresten y nos escondan en los calabozos de sus barcos.

Paige fue más directa. —Yo, por aquel rubio alto de cabello rizado, me dejaría incluso torturar. —Se mordió el labio inferior—. Si llega a quitarse la bandana y se desata la cola de caballo, juro que saltaré sobre él.

Los disfraces de los tres chicos realizaban su masculinidad, con las botas de cuero por encima de las rodillas y las camisas blancas abiertas que dejaban a la vista sus pectorales, además de sus abdominales bien definidos.

El rubio, más alto e imponente que los otros dos, tenía tez pálida y un rostro de rara belleza, casi angelical, aunque la mirada de hielo de sus ojos celestes habría derribado a un rinoceronte enfurecido.

A su izquierda, su colega, de piel más dorada, llevaba un sombrero negro del que salían mechones de cabello azabache que enmarcaban la cara de rasgos fuertes y profundos ojos negros.

El tercero era apenas algo más bajo, con una constitución maciza: sus hombros llenaban la camisa casi haciéndola explotar. Su cabello corto y rizado, de un rubio más oscuro que el primero, parecía implorar que cualquier mujer hundiera los dedos en él para disfrutarlo en un beso apasionado.

Paige, como siempre, tomó la iniciativa: se puso de puntillas agitando los brazos en un teatral saludo dirigido a los tres.

—¡Hola!

Violet tiró de su brazo, intentando contener su vivacidad. —Dios, Paige, ¿no puedes simplemente pasar desapercibida? No era suficiente tu perfecto look de *entraîneuse*...»

—Oh, qué puritanas somos ahora. Pero si luego consigo abordarlos es mérito mío, ¿eh?. —La fulminó con la mirada y con un tirón liberó su brazo, antes de volverse de nuevo hacia las puertas que se encontraban a pocos metros de ellas—. ¡Mira, aquel alto me vio, me está mirando!

Angélica aplacó su cólera, acostumbrada como estaba a ser la más responsable.

—Violet tiene razón, no destaquemos demasiado, esperemos al menos a entrar. —Se volvió hacia los chicos y luego habló al oído a su amiga—. De todos modos no me parece que te estuviera mirando, en mi opinión sólo está controlando la situación. Con toda esta gente...

—En mi opinión, en cambio... —Paige no tuvo tiempo de replicar, sintió un tufo a alcohol que provenía de detrás de ella y dos labios húmedos depositando un beso en su cuello.

Se giró de repente junto a Angélica y se encontró cara a cara con un hombre de mediana edad, sudoroso, con barba descuidada y ojos brillantes de bebedor empedernido. La camisa amarilla, desabotonada, dejaba espacio para la indecorosa barriga que asomaba bajo la camiseta sin mangas manchada de cerveza.

—¡Hola! ¿Tres pollitas hermosas y solas?

Las dos chicas arrugaron la nariz ante el repelente hedor a alcohol mezclado con sudor, pero el individuo no pareció darse cuenta. Las abrazó a ambas, apoyando sus brazos sobre sus hombros.

—¿Por qué no venís conmigo? —Reprimió un eructo antes de continuar, con la mirada apagada por los efluvios del alcohol, buscando el rostro de Paige—. Tengo la caravana aquí afuera, preciosa...

Las chicas se giraron intentando en vano liberarse del agarre del hombre pero, de repente, una presencia imponente se interpuso entre ellos, chocando de frente con el acosador, superándolo por un palmo.

—Gentiles doncellas, ¿conocéis al hombre aquí presente?

Paige levantó la vista y lo reconoció: era él, el empleado rubio. Tenía razón, realmente la estaba mirando.

—No, no lo conozco —le respondió ella—. Y se está tomando demasiadas libertades.

—¿Ah sí, de verdad? —Era evidente que el muchacho había sido testigo del desagradable acercamiento del hombre y había corrido entre la multitud para llegar hasta las importunadas chicas—. Mi estimado señor, me parece evidente que las doncellas no aprecian vuestras atenciones.

Por toda respuesta, el hombre estalló en una estruendosa carcajada, sin dejar de sujetar a las chicas por sus hombros. —¿Y esto de dónde viene? ¿De un museo? —Lo miró desde abajo hacia arriba, pero no tuvo tiempo de pronunciar una sílaba más.

El empleado de seguridad dio un decisivo paso hacia delante, obligándolo a retroceder con su corpulencia, liberando así a las chicas. Sus ojos destellaban a la derecha y a la izquierda, buscando entre la gente a otros posibles perturbadores, con una actitud típica de alguien que ya había afrontado situaciones similares.

Envolvió desde atrás el cuello del tipo con su poderoso brazo izquierdo, manteniendo listo el derecho. Sostuvo al hombre contra su pecho y le habló al oído, fingiendo ser su amigo para no alarmar a las personas que se encontraban alrededor.

—Escucha, capullo, ahora te darás vuelta sonriendo y me saludarás como si fuéramos viejos amigos, antes de largarte de aquí y volver a la cloaca de donde viniste. O te arrastraré yo a la fuerza, pero te garantizo que esa sería, con diferencia, la peor de tus opciones. —Lo dejó libre, mirándolo fijamente a los ojos, atento a cualquier reacción.

El individuo dio un paso atrás, tambaleándose, con una expresión que era mezcla de asombro y rabia, luego la razón prevaleció. Esbozó una sonrisa torcida, dio media vuelta y se alejó en dirección al estacionamiento, empujando a la gente en su camino.

Después de seguirlo con la mirada durante unos segundos, el chico se volvió hacia las tres jóvenes, cerró los ojos y juntó las manos frente a su cara, como en señal de oración. —Amables damiselas, estoy profundamente consternado por lo sucedido, os suplico que aceptéis mis humildes disculpas.

Cuando volvió a abrir los párpados, las tres chicas parecían hechizadas: lo miraban con la boca abierta cautivadas por sus ojos celestes enmarcados por los rizos rubios y por su carismática forma de actuar.

La primera en recuperarse, regresando al planeta tierra, fue Angélica. Extendió la mano, un poco vacilante.

—Yo... Yo soy Angélica, Angel para mis amigos.

El chico tomó su mano, la sostuvo con extremada delicadeza y rozó el dorso con sus labios. Manteniendo sus ojos fijos en ella, se postró en una elegante reverencia.

—Mi nombre es Ryan, devoto servidor de vuestro esplendor. Es un honor conoceros, Lady Angel.

Se irguió nuevamente en toda su estatura, abandonando la mano de Angélica, que flotó suspendida en el aire durante unos segundos, mientras un hormigueo recorría su cuerpo.

Con la mirada pegada al rostro de su salvador, continuó con las presentaciones, señalando a sus amigas con el pulgar izquierdo. —Ehm... Ellas son Paige y Violet.

Las manos de las dos chicas inmediatamente se proyectaron hacia delante, ansiosas por recibir el mismo trato, pero Ryan se limitó a un rápido, aunque de todos modos siempre elegante, beso en la mano.

—Es un privilegio deleitar la vista con tanta belleza. —Se llevó la mano al pecho—. Permitidme invitaros, como compensación parcial por el ultraje que habéis sufrido de parte de aquel palurdo.

Angélica se giró hacia las otras dos y abrió mucho los ojos en busca de confirmación. —¿Qué opináis, chicas?

—Opino que se lo permitamos. —La luminosa sonrisa en el rostro de Paige no dejó lugar a dudas.

—Bien, me siento honrado. Por favor, seguidme.

El chico se puso en marcha, abriéndose paso entre la multitud, seguido de cerca por las tres jóvenes en fila india, como tres polluelos siguiendo a la gallina. Al llegar a las puertas, se detuvo frente a los otros dos empleados.

—Las damiselas aquí presentes están conmigo. —Las señaló una a la vez. —Angel, Paige y Violet.

—Buenos días, bellas damas. —El chico de cabello oscuro hizo una ligera reverencia. —Mi nombre es Christopher, pero mis amigos me llaman Chris, y él es Thomas, pero podéis llamarlo Tommy. —Extendió su brazo para señalar a su musculoso compañero, quien desenfundó una sonrisa que dejó ver todos y cada unos de sus treinta y dos dientes.

Ryan cruzó los brazos sobre su pecho y miró a Angélica de arriba a abajo. —Por supuesto que, si se me permite decirlo, presentarse en el Reino así desnuda es, como poco, impropio para una doncella como vos.

—¿Desnuda? ¿Cómo desnuda? —Angélica bajó la mirada a sus vaqueros y al top blanco y se echó a reír cuando comprendió a qué se refería—. Ah, ya.

En la Feria, si no ibas disfrazado, se consideraba que estabas desnudo.

—Si nos fijamos bien —añadió Tommy observándola atentamente—, estáis realmente desnuda mi querida Milady. Y aunque es un verdadero crimen ocultar vuestro espléndido cuerpo bajo las prendas adecuadas, pensaría que la indumentaria indicada no haría más que acentuar la armonía de vuestra figura. ¿Verdad, señor Chris?

—Sólo puedo estar de acuerdo. Espero que tengáis intención de vestiros apropiadamente, milady. Semejante belleza merece las más refinadas sedas y encajes, para acariciar una piel tan fina.

—Ya, me parece que Angel no entendió realmente el carácter de la Feria... —se entrometió Violet, mirando a Angélica con una mueca sarcástica—. Así que, si fuerais tan amable de indicarnos un lugar donde conseguirle ropa adecuada, os lo agradeceríamos.

—Ah, mi dulce señora, realmente creo que os lo estáis preguntando a las personas equivocadas: para los jóvenes hombres como nosotros, la ropa “adecuada” es aquella que no está ahí. —Ryan respondió con un guiño, haciendo que Angélica sintiera un fogonazo de calor que recorrió todo su cuerpo ante el mero pensamiento de no tener nada puesto frente a él y sus amigos.

Tommy dio un paso hacia delante y se acercó. —Sin embargo, si realmente debéis hacerlo, el lugar indicado es la tienda de Lady Byron 's. ¿De casualidad habéis cogido el panfleto con el mapa del Reino?

Ella revolió en su bolso, cohibida, y sacó el opúsculo de la Feria, mientras Ryan se ponía a su lado hasta tocarla. Podía sentir su olor a tabaco en sus fosas nasales y el calor de su poderoso cuerpo envolviendo la piel del brazo desnudo que sostenía el mapa.

—Aquí, Lady Angel. —Le señaló la puerta donde se encontraban en ese momento y la ruta para llegar a la tienda—. Está cerca, a unos cien metros de distancia.

Ella colocó su dedo junto al de él en el folleto. —Ah, es esta. —Al hacerlo se encontró rozando la mano del chico, apreciando aún más esa sensación de calor que sentía en su presencia.

Ryan tomó amablemente su dedo y lo hizo correr con lentitud por el mapa, trazando la ruta que debían seguir. Con su mano cubrió por completo la de Angélica, la apretó, como para no dejarla escapar. —Exactamente, es este de aquí.

Levantó la vista del mapa y la miró a los ojos; permanecieron quietos, observándose fijamente durante un interminable puñado de segundos, luego ella se liberó con mucho esfuerzo del agarre del chico, reprimiendo el deseo que tenía de no soltarlo nunca más.

—Bien... Lo entiendo. —Cogió el volante y se volvió hacia Violet, con las mejillas ardiendo—. ¿Qué opináis chicas, nos movemos?

Sonriendo impiadosa, Violet tomó en sus manos las riendas de la situación.

—Yo diría que sí. —Entrelazó su brazo al de su amiga y le guiñó el ojo—. Es hora de “vestir” a nuestra querida Angel, ¿verdad?

Chris abrió la puerta de servicio que se encontraba detrás de ellos y les hizo señas para que pasaran. —Entonces por favor, entrad y divertiros. Ha sido un placer, mis señoras.

—Esperamos veros más tarde, gentiles doncellas. —Tommy les señaló el camino con la palma de su mano abierta, mientras Ryan se interponía entre ellas y la multitud, para facilitarles el paso.

—Señor Tommy, tiene razón, asegurémonos de encontrarnos luego de que Lady Angel haya conseguido la ropa adecuada; sería un honor para nosotros ser vuestros anfitriones. —El chico tomó nuevamente la mano de Angélica y la besó, tocando el centro de su palma con su dedo índice. Una caricia tan delicada como intensa.

Ella parpadeó, avergonzada.

Tranquila, Angel, no lo hizo adrede, vamos...

Intentó mantener su imaginación bajo control, hasta que notó el brillo en los ojos azules del chico. Dio un tímido paso hacia atrás antes de recomponerse y dejar escapar un largo suspiro. —Puede ser... Ya veremos.

Paige y Violet, agradecidas, se inclinaron en una breve reverencia y se apresuraron a entrar, arrastrando consigo a Angélica, mientras los chicos deleitaban sus ojos con las tentadoras y gráciles formas de las tres jóvenes que desaparecían en medio del gentío.

Paige saltó y dio un gritito por el pellizo en su nalga derecha. —¡Ay! ¿Qué pasa contigo, Angel?

—Pasa que antes, hubiera querido matarte.

—¿Antes? ¿Y por qué?

—¡¿Por qué?! Si estuvieras un poco más calmada cuando estamos en público, me evitarías papelones como ese. —Se acomodó el bolso en el hombro—. A saber qué habrá pensado de mí ese Ryan...

Violet tomó a su amiga del brazo. —Yo más bien me preguntaría qué has pensado tú de él. Te has puesto como un tomate.

—Santo cielo, ¿es posible que seáis tan cotillas? ¿Por qué, a vosotras no os gustaba, eh?

—¡Por supuesto! No vinimos aquí para hacer un repaso de historia, ¿no? —Violet tomó la larga falda de terciopelo con las dos manos y simuló el andar de una dama noble de la época, antes de inclinarse hacia delante y estallar en carcajadas—. Deberías haberte visto, parecía que estabas a punto de desplomarte a sus pies.

—Pero no, Violet, ¿no viste cómo ella tenía controlada la situación? —Paige imitó una mano temblorosa con el dedo índice extendido hacia delante—. Ooh, sí, Ryan, entiendo, debe ser muy grande... esta tienda.

Las tres se echaron a reír cuando, de repente, una detonación atrajo su atención: desde el escenario ubicado en la plaza principal, el cañón había disparado una bala de fogueo.

El actor que representaba el papel del Rey tomó el micrófono para hacerse oír por sobre los gritos eufóricos de la gente y sancionar así el inicio oficial de la Feria.

—Queridos súbditos, honorables nobles, amables cortesanos e ilustres invitados: me complace compartir con vosotros esta velada de música, danza y alegría en nuestro amado Reino. Declaro oficialmente abierta esta fiesta. —Extendió los brazos hacia el cielo—. ¡Que los trompetistas toquen y las celebraciones comiencen!

Cinco jóvenes ataviados como juglares alzaron sus trompetas adornadas con los estandartes reales, tomaron aire a pleno pulmón e inflaron sus mejillas al unísono, liberando en el ambiente una breve melodía de la época.

—Vamos chicas, no perdamos más tiempo: Angel, dame el mapa. —Violet no veía la hora de encontrar un vestido renacentista para su amiga, su objetivo era que las tres pudieran estar en perfecta sintonía.

Angélica lo sacó de su bolso y se lo entregó, dejando que la otra se abriera paso entre la multitud para llegar a la tienda que Chris les había indicado.

—Vamos, seguidme, está por allá.

Al entrar en la tienda, las jóvenes se quedaron con la boca abierta: toda la pared izquierda estaba cubierta por cinco imponentes armarios antiguos de nogal, con trajes renacentistas de hombres y mujeres, bien protegidos por puertas de cristal e iluminados por focos ubicados en la parte inferior. En el lado opuesto, una serie de soportes exhibían cientos de vestidos colgados, debajo largas estanterías con todo tipo de complementos: sombreros, cinturones, zapatos y cualquier accesorio que pudiera servir para completar un perfecto look renacentista. El centro del salón estaba ocupado por un mostrador circular dentro del cual una señora de mediana edad las recibió con una gran sonrisa.

—Bienvenidas a Lady Byron 's, gentiles damiselas. ¿En qué puedo ayudaros?

Angélica dio un paso adelante, mientras Paige y Violet revoloteaban de un exhibidor al otro admirando los lujosos vestidos y probándose sombreros, lucíéndose en poses insólitas con caras divertidas.

—Buenas tardes. Necesitaría un vestido adecuado, pero hay tantos... Además no quisiera gastar mucho.

—Entonces se encuentra en el lugar correcto, mi querida. —La vendedora adoptó una actitud casi maternal—. ¿Cómo te llamas, hermosa señorita?

Las mejillas de Angélica se tiñeron nuevamente de rojo, sensible como era a los cumplidos.

—Angélica, Angel para los amigos.

—Mmh, entonces tal vez tenga algo para ti. —Salió de detrás del mostrador y abrió un armario que se encontraba en la parte trasera de la tienda—. Ven, pruébate esto.

Cuando Angélica lo vio, le resultó evidente que el vestido no reflejaba plenamente la época histórica, pero la señora sabía lo que hacía y había adivinado cuál era el disfraz ideal para ella en el primer intento.

Lo cogió agradeciéndole y entró en el probador para salir pocos minutos después con su nuevo atuendo completamente blanco, que daba una nota de seductora castidad a su belleza de sabor infantil. Se miró en el espejo de la puerta y una sonrisa se extendió en su rostro.

¡Perfecto! Justo lo que quería.

El disfraz era todo de encaje, con un top corto, escotado en la parte delantera, que dejaba al descubierto el ombligo, mientras que la falda, también ella de encaje blanco con motivos florales, llegaba hasta el borde de los tobillos, envolviendo sus curvas, ocultas por un delgada combinación de tul.

Dio algunos pasos con la mirada fija en el espejo para comprobar el efecto del tajo vertiginoso a los lados, que exponía sus muslos con cada movimiento.

—Mmh, diría que lo tenemos. Es perfecto.

Las aberturas laterales resaltaban la piel dorada de sus piernas bronceadas, mientras que los juegos de transparencias hacían de su cuerpo un exquisito tesoro por conquistar.

—Te sienta muy bien, señorita. Creo que sólo falta el toque final. —La señora abrió la cajonera del armario, sacó dos alas blancas de ángel y las fijó en la parte posterior del corpiño—. Eso es, ¿qué te parece?

Angélica se quedó con la boca abierta, admirándose en el espejo: no imaginaba un efecto así. Estaba a punto de responder, pero la voz de Violet intervino por ella.

—Caramba, Ángel, ¡estás como un tren!

—Mírate... —Paige se acercó palmeando su trasero que sobresalía bajo el virginal encaje blanco—. Me parece que ésta nos lo va a poner difícil, Violet; hará estragos entre los hombres.

—Sí, nuestra Angel tiene muy poco de angelical. —La otra se ubicó frente a ella e, imitando al padre de su amiga, presionó los bordes del escote sobre su pecho—. ¡Dios, Angélica! Ciérrate aquí delante. —Sus pechos parecieron explotar bajo esa presión—. No querrás tener encima los ojos de todos, ¿eh?

—Lo siento, señora, no haga caso a mis amigas—. Angélica le dio dos palmadas en las manos a Violet—. Me lo llevo, es perfecto.

Dobló sus vaqueros y el top blanco, los metió en su bolso y se dirigió a la caja.

Al salir de la tienda, las tres jóvenes se encaminaron hacia el puesto de los peinados y, en media hora, también Paige y Angel tenían las tan deseadas trenzas de estilo renacentista ciñendo sus cabezas.

—Diría que ahora las tres estamos perfectas. —Angélica se miró en el espejo junto a sus amigas—. Vamos, entonces, pongamos manos a la obra.

Se metieron entre la multitud para llegar a la plaza donde se desarrollaban los espectáculos pero, entre el río de gente en la calle principal, el estrépito de la música, y el griterío generalizado, Angélica perdió de vista a sus amigas en pocos minutos.

Trató de llamarlas. Por toda respuesta, el cielo se oscureció de repente y un rayo rasgó las nubes, anticipando un terrible trueno que estalló en el aire. Inmediatamente, grandes gotas comenzaron a caer en forma implacable, empapando todo y a todos, incluida Angélica con su nuevo disfraz.

Al diablo Paige y Violet, tenía que correr para ponerse a cubierto; las buscaría con calma una vez pasado el temporal.

En medio de la caótica estampida general, se alejó de la calle principal, metiéndose en una callejuela entre dos construcciones de ladrillos, donde notó una puerta abierta. No había tiempo para pensar, se deslizó dentro y cerró a sus espaldas, empapada de la cabeza a los pies.

Frente a ella una escalera de caracol de madera conducía al piso superior, del cual provenía una débil luz vacilante que se filtraba a través de una puerta entreabierta.

Hay alguien ahí arriba...

La curiosidad, en ese ambiente oscuro de otros tiempos, la empujó hacia delante. Sin siquiera darse cuenta, se encontró subiendo la decrepita escalera, inmersa en la penumbra, sosteniéndose muy bien del pasamanos.

Cuando llegó al piso superior, empujó la puerta para echar un vistazo, pero no vio a nadie. Cruzó el umbral, un poco titubeante, y se encontró en una estancia medianamente grande, al parecer una

vieja tienda abandonada.

En el curso de pocos segundos, sus ojos se acostumbraron a la semi oscuridad, rota únicamente por un candelabro colocado sobre un mostrador de madera, lo que le permitió inspeccionar un poco mejor la habitación.

—¿Se puede? —Dio un paso e inspeccionó la sala lo mejor que pudo. A su derecha, un gran baúl con la parte superior tapizada, cubierta de tela, era el único mueble entre los estantes que llenaban las paredes. Algunas rendijas de luz se filtraban desde el exterior a través de dos pequeñas ventanas cerradas—. ¿Hay alguien aquí?

En los estantes notó varias presentaciones de jabones y esencias: eso explicaba el persistente aroma floral que impregnaba el aire.

Angélica avanzó otros dos pasos, acompañada por un siniestro crujido del piso de madera, que cedía bajo sus sandalias, al tiempo que el incesante golpeteo de la lluvia sobre el techo y las contraventanas hacía difícil percibir cualquier otro sonido. Hasta que, de repente, un ruido sordo a sus espaldas hizo que se sobresaltara.

Se giró a toda velocidad, la puerta se había cerrado tal vez por efecto de una corriente de aire, o tal vez...

—¡Aah! —La repentina aparición de una gran figura oscura a su izquierda hizo que se diera un salto y gritara—. Buenas... buenas tardes, yo... estaba lloviendo y entré... —Retrocedió presa del pánico, pero el hombre se acercó siguiéndola a medida que ella daba pasos hacia atrás. No podía distinguir su rostro, aunque no era ese su principal problema—. Creí que se podía entrar, intenté pedir permiso, pero...

—Vuestro ingreso en esta humilde morada no puede más que regocijar el ánimo de los presentes.

Esa voz, esas maneras...

Angélica retrocedió hasta chocar contra el mostrador, justo entonces el rostro del hombre finalmente fue alcanzado por la tenue luz de las velas.

—¡Ryan! Casi me da un infarto. —Angélica dejó escapar un suspiro de alivio, aunque su corazón comenzaba a bailar samba—. ¿Qué haces tú también aquí?

El chico dio otro paso hacia ella, exponiéndose a la débil llama del candelabro. —A nosotros también la tormenta nos pilló por sorpresa.

—¿Vosotros? ¿Entonces no estás solo?

Por una pequeña puerta a espaldas de Ryan, aparecieron Tommy y Chris, concentrados en quitarse las camisas empapadas, pegadas a la piel desnuda de sus cuerpos. Las exprimieron en un rincón de la habitación y las colocaron sobre una silla, luego rodearon a Angélica, observándola de la cabeza a los pies.

Tommy llevó las manos a sus caderas. —¡Vaya! Al parecer habéis encontrado la tienda de Lady Byron 's; diría que la señora Carlston hizo un excelente trabajo. —Sus abultados músculos, brillantes por la lluvia, reflejaban los destellos de las llamas, haciendo de su torso un amplio parque de juegos en el que perderse—. ¿Has visto, Chris?

—Sí, efectivamente ya no parece la Angélica de antes, aunque pienso que así mojada no debe sentirse muy cómoda.

Ryan continuaba mirándola desde lo alto de su mole, demorándose en los ojos verdes de Angélica engastados entre los húmedos mechones rubios, aplastados en sus mejillas—. Pero debo decir que así es aún más adorable.

—Gracias... A decir verdad, debería secarme. —Angélica se sonrojó, perturbada por los pensamientos que su mente le proponía a un ritmo vertiginoso.

¿Secarte? ¿Y cómo? Angel, ¿te das cuenta de la situación en la que te has metido? Sería mejor decir adiós e irnos, aunque eso signifique hacer frente a la tormenta...

Está bien que alguna experiencia había tenido, pero una situación así era para ella cuanto menos inquietante: a su alrededor, a pocos centímetros de distancia, tenía tres hombres semi desnudos. Su

vista se estaba embriagando con abdominales, pectorales y hombros acogedores, anchos como un armario de dos puertas.

Una ráfaga de viento atravesó la habitación azotando su ropa mojada. Su piel se erizó, pero no sólo por el frío: el hormigueo que recorrió su espalda nacía de sensaciones muy diferentes.

El charco de agua que había creado a sus pies atrajo la mirada atenta de Ryan.

—Lady Angel, parece que estáis mojada como un pollito, mejor alejarse de la corriente. —Extendió el brazo y cogió su mano—. Por favor, estaréis más protegida allí cerca del baúl. —Se movió detrás de ella y puso sus manos en sus hombros, infundiéndole nuevamente aquel calor que penetraba hasta sus huesos.

Sin la menor intención de oponerse, se dejó guiar por él, sintiendo la cercanía de su cuerpo a pocos milímetros de su espalda.

—Sí, quizás sea mejor moverse...

Las cálidas manos de Ryan la hacían sentir tan bien que inconscientemente aflojó el paso, con la intención de dejarse envolver por su calor, pero las alas en su espalda interfirieron. Lo oyó farfullar. probablemente uno de los hierros de soporte le habían arañado el torso.

—¡Oh! Lo siento tanto. No pensé en eso. —Angélica se giró para disculparse.

Frotándose la piel, el chico le sonrió. —No es nada, mi querida Lady Angel, pero dejad que os ayude a quitarlas, ya tienes suficiente frío sin tener estas cosas mojadas en la espalda.

Le dio la vuelta otra vez y deslizó los dedos debajo de los tirantes de su top para alcanzar los ganchos de las alas. Los abrió y, con extenuante lentitud, hizo correr los dedos por la piel desnuda de Angélica mientras deslizaba las correas hacia abajo por sus brazos. Ryan mantuvo el dorso de sus manos en contacto con su piel durante todo el trayecto, hasta los codos, provocando que surgieran más pensamientos retorcidos de su ardorosa imaginación.

¡Lo está haciendo a propósito, Angel! ¿Cuáles son sus intenciones?

Al sentirse aligerada del peso de las alas mojadas, la única palabra que logró pronunciar fue un tímido: —Gracias...

—Mi deber y placer, Lady Angel. Tenéis la piel de gallina, debéis estar realmente muerta de frío.

Frío, quién podía pensar en el frío. El calor que Angélica sentía subir desde su bajo vientre había alcanzado su estómago, donde ahora revoloteaban miles de mariposas enloquecidas.

Abrió nuevamente los ojos que habían estado cerrados todo el tiempo, absorta como estaba en las atenciones de Ryan, y se dio cuenta de que tenía a Tommy y a Chris delante, a un paso de distancia. En la penumbra pudo distinguir la mirada feroz de sus ojos fijos en ella. El frío había endurecido sus pezones, que se habían convertido en dos guijarros bajo la tela pegada a su piel mojada.

—Será mejor que terminemos de cambiarnos, Tommy. —Chris le dio la espalda, buscó a tientas el cinturón y se quitó los pantalones, mostrando ante los ojos atentos de ella su espalda torneada y sus nalgas firmes que se empujaban debajo de los slip.

El otro lo imitó, pero sin volverse. Se desabrochó los pantalones mojados y los dejó caer al suelo, exhibiendo sus bóxers, abultados en la parte delantera.

—Oh, así está mucho mejor. ¿Qué estás esperando Ryan?

El susodicho se inclinó sobre Angélica para susurrarle al oído. —Regreso enseguida. No te muevas, Lady Angel.

Dio dos pasos hacia el mostrador y, tras colocar las alas goteantes sobre un estante junto a la puerta, cogió una bolsa con prendas secas y la depositó en el suelo. Se giró hacia ella y comenzó a desnudarse.

Instintivamente, Angélica se envolvió en sus brazos, víctima de la repentina falta de ese calor que Ryan le transmitía y de la vergüenza por la situación. Lo siguió con la mirada, mientras él se quitaba la camisa, liberando los brazos y los hombros moldeados. Sus ojos vagaron sobre su torso desnudo descendiendo para seguir la sutil línea de vello que desaparecía bajo la cintura de sus pantalones.

Su corazón se detuvo por un instante, cuando las manos del chico agarraron las solapas de los

pantalones para quitárselos. Antes de hacerlo, sus ojos se encontraron con los de la chica, luego empujó los calzones a lo largo de ambas piernas hasta el suelo, los recogió y los colocó sobre el mostrador.

Ella no podía quitarle los ojos de encima, contempló atentamente los valles de sus abdominales, subió desde los hinchados cuádriceps de sus piernas entrenadas para luego llegar a la pelvis y...

¡Dios mío!

No era la primera vez que veía a un chico en ropa interior, pero lo que se presentaba ante sus ojos era algo que superaba a su imaginación. Los slips estaban llenos de su sexo, la silueta bajo el algodón claro se extendía hasta el costado, al tiempo que más allá de la tela tensa dejaba imaginar lo que debía contener.

Al verla acurrucarse en sus brazos, Ryan se ubicó de nuevo detrás de ella y la abrazó, envolviéndola, transmitiéndole el tan ansiado calor de su cuerpo.

—Aquí estoy, mi querida Lady Angel.

—Mmh —un gemido escapó de los labios entreabiertos de Angélica, debido al repentino contacto con la piel desnuda de chico.

Fue como un tónico que aplacó sus escalofríos y encendió brazas adormecidas, incendiando sus sentidos. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás apoyándose en su pecho, disfrutando de esa sensación tranquilizadora y al mismo tiempo inquietante.

Las manos de él se posaron en sus caderas desnudas. Haciendo pequeños movimientos circulares, treparon y se colaron por debajo del top.

—¿Mejor así? —La voz cálida y profunda de Ryan penetró en su corazón, mientras esas dóciles caricias parecían transportarla a otra dimensión, donde el tiempo y el espacio ya no importaban.

—Oh, sí, mucho mejor.

De repente, un trueno hizo temblar los cristales de las ventanas y dar un salto a Angélica, que se tensó entre sus brazos, como si hubiera despertado de un hermoso sueño.

—No tengas miedo, Angel, aquí estás a salvo, no tienes nada que temer. —Ryan había abandonado su caballeroso modo de hablar en estilo renacentista, para hacerla sentir más cómoda—. Ahora tienes que confiar en nosotros. Mantén los ojos cerrados y relájate.

Echó un vistazo a Tommy, quien aceptó inmediatamente la invitación: apartó con una patada su ropa mojada y se acercó en silencio. Se arrodilló a los pies de Angélica, envolvió su tobillo derecho con su mano para hacerle levantar el pie y le quitó una sandalia. Reservó el mismo tratamiento al pie izquierdo, luego comenzó a masajear primero debajo de la planta, luego entre los dedos. Lo posó de nuevo en el suelo y pasó al derecho, repitiendo las mismas presiones y los mismos sagaces movimientos en los puntos más sensibles.

Mientras tanto, las manos de Ryan habían avanzado, rozando su vientre desnudo debajo de la tela.

—Tú también deberías quitarte la ropa mojada, Angel. No querrás pillar un resfriado...

Perdida en ese torbellino de sensaciones, Angélica no prestó atención al otro par de manos que ahora subía con extremada lentitud desde sus tobillos, alternando apretones y caricias en sus pantorrillas.

—S...sí, tal vez sea mejor.

—Entonces levanta los brazos.

Ella obedeció con los ojos cerrados, como Ryan le había dicho, y los levantó.

Él deslizó sus palmas en dirección ascendente, rozando sus caderas, los lados de sus pechos, sus axilas, hasta quitarle el top, haciendo que sus tetas rebotaran. Lo retiró desde lo alto y lo lanzó al mostrador, dejándola desnuda de la cintura para arriba.

Angélica no se movió ni un milímetro. Permaneció con los párpados bajos y los brazos en el aire como buscando un asidero inexistente que la salvara de la situación en la que se estaba metiendo y de la cual su mente la empujaba a escapar.

¿Y ahora? ¿Estás segura de lo que estás haciendo, Angel?

Sintió el toque ligero de los dedos de Ryan recorriendo sus brazos y apartando su cabello para liberar su cuello. El cálido aliento se anticipó a los labios que se posaron suaves sobre su hombro y subieron hasta su oreja.

—Este es el vestido más hermoso que podrías llevar puesto, Angel. —Esas palabras susurradas por su voz profunda la recorrieron por dentro, apretando su estómago en un adorable nudo.

Las manos de Tommy comenzaron a subir, sobre sus rodillas, sus muslos, hasta llegar a rozar las caderas desde debajo de su falda empapada, sosteniéndola en el aire para evitar que la tela fría y húmeda rompiera el encantamiento con el que la estaba hechizando.

La mano izquierda de Ryan se dirigió hacia la abertura lateral de la falda, desabrochó el botón, pero precisamente en ese momento otro trueno quebró el ostentado silencio de la habitación, y fue suficiente para hacer salir a Angélica de su estado de trance.

Bajó los brazos y abrió los ojos de golpe, llevándolos a Tommy, de rodillas a sus pies, mientras su falda caía al suelo.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó, tensa.

Mirándola con ojos inocentes, Tommy le levantó una pierna y luego la otra, recogiendo la falda empapada para luego ponerse de pie y colocarla en un estante. —Sólo os estoy quitando estas prendas mojadas, milady.

—Ssh... —Ryan rozó sus labios contra su cuello, mientras le apretaba los hombros—. Te dije que no tienes nada que temer, lo estamos haciendo por tu bien.

—Y además —intervino Chris—, mirános: no eres la única que está desvestida.

Ella miró a Chris y Tommy en calzones delante de ella y se dio cuenta de que, aunque se sentía avergonzada al estar casi desnuda frente a ellos, la cosa no la asustaba. La intensidad con la que la observaban la hacía sentir como una presa, pero al mismo tiempo la fascinaba de un modo extrañamente tranquilizador.

¿No era esto lo que querías, Angel? Lo deseaste desde el primer momento en que viste a Ryan y a los otros dos, ¿y ahora querías echarte atrás?

Dar vida a una de sus fantasías resultaba inquietante, pero a la vez tremendamente excitante, empujándola a querer ver la continuación de ese sueño hecho realidad.

Volvió su cabeza hacia atrás, se encontró con la mirada de Ryan y dejó que él llevara las manos hasta sus pechos. —¿Es esto lo que quieres?

Ryan hundió sus dedos con delicadeza, susurrando a milímetros de sus labios. —Sólo si tú lo quieres.

En respuesta, Angélica volvió a cerrar los ojos y dejó escapar un largo suspiro, mientras sus labios se separaban para acoger la boca a pocos milímetros de la suya.

La mano izquierda de Ryan se movió desde su pecho hasta su cuello, obligándola a un beso suave, pero firme. Sus respiraciones se unieron, sus lenguas se encontraron, empezando a jugar en sus bocas, persiguiéndose y rodeándose en abrazos lascivos que dejaban sin aliento.

La lluvia comenzó a aumentar la intensidad de su caída, como siguiendo el ritmo del corazón de Angélica, que palpitaba enloquecido.

Ryan le estaba devorando la boca, no le daba tregua, entrecortándole la respiración, mientras con el pulgar y el índice se dedicaba a entretenerse con su pezón derecho, rodeándolo, pellizcándolo, arrancándole pequeños jadeos de placer.

El cálido abdomen del chico se adhirió a su espalda haciéndola sentir una con él, unida en ese beso, subyugada por su mano sobre su pecho desnudo. Empezó a sentir el latido del miembro en contacto con sus riñones, al tiempo que otras manos se sumaron, acariciándole las piernas.

Se obligó a separarse de sus labios para constatar qué estaba sucediendo: los otros dos se habían arrodillado a sus pies, Tommy a su derecha y Chris a su izquierda. Con movimientos continuos y circulares, acariciaban sus muslos desnudos, mimando su piel helada con su aliento cálido y

reconfortante.

La mano izquierda de Ryan bajó para coger nuevamente su pecho, lo envolvió y comenzó a jugar con el pezón, imitando los movimientos de sus dedos en el otro. —¿Aún sientes frío, Angel?

Ella hubiera querido responder, pero las manos que estaban acariciando su cuerpo habían reducido su respiración a unas pocas contracciones rápidas. Ya no entendía cuántas eran, esas manos, las sentía por todas partes, en su vientre, en sus pechos, en sus muslos: un abrazo difuso en el cual se estaba derritiendo como mantequilla al sol. Sus brazos se mantenían extendidos hacia atrás, aferrándose a la tupida cabellera rizada de Ryan que no dejaba de adular su cuello con sus labios.

Fue precisamente él quien se atrevió a más, llevando los dedos abajo, a su ombligo, continuando hasta deslizarse debajo del borde las braguitas blancas de algodón.

Tommy interpretó ese gesto como una señal. Le dio un fugaz beso en el ombligo, haciendo que su vientre se contrajera por un momento, luego se puso de pie frente a ella, dominándola con su mole.

Angélica vagó con los ojos por sus hombros, su pecho, los valles de sus abdominales aún húmedos por la lluvia, para luego detenerse en los bóxers que apenas retenían su maciza erección.

Con un grito ahogado desvió su mirada hacia Chris, sobre la tela de sus slips que ya estaban abultados en la parte delantera.

—¿Los ves? Te desean, Angel. —Ryan la sentía temblar, abrazada a él.

Empujada por la curiosidad y la excitación que crecía sin control, se impulsó hacia atrás con sus nalgas hasta encontrar el miembro de Ryan que se presionaba en su espalda. Podía percibir su calor y su consistencia a través de la tela que lo separaba de su piel.

—¿Lo sientes, Angel? —Lo presionó contra su trasero—. Él también te quiere. —Con su mano se abrió paso dentro de sus braguitas, hasta rozar su bien cuidado bosquecillo de vello —. ¿Y tú? ¿Lo quieres?

La mente inquieta de Angélica se apagó de repente, anulada por un instinto primordial que había tomado el control de su cuerpo y de sus emociones.

—Sí...

—Dilo de nuevo, quiero que ellos también lo escuchen bien.

Angélica, con el corazón a mil, echó otro vistazo a Tommy y Chris delante de ella, entrecerró sus ojos y dejó que la vida le regalara lo que le tenía reservado.

—Sí, lo quiero.

La violencia de la lluvia pareció mermar de improviso, un tenue rayo de luz atravesó la penumbra de la habitación, como si sellara ese mágico momento iluminando los espléndidos cuerpos de los dos chicos frente a ella.

Chris pasó los dedos por el pecho agitado de Angélica, por sus caderas, los deslizó por el borde del tanga y estaba a punto de bajarlo por sus muslos, pero se movió sólo unos cuantos centímetros, apretado como estaba entre sus firmes nalgas. Se ayudó con la otra mano, tiró con decisión hacia abajo, consiguiendo liberarlo, y lo deslizó por sus piernas hasta sus pies.

Le levantó los pies descalzos uno a la vez y los separó un poco, para poder tener una mejor vista del tesoro que se escondía entre los muslos de Angélica.

El bosquecito rubio y rasurado se interrumpía en los labios externos, hinchados y lisos, divididos por el pequeño surco que pedía solamente ser violado.

Se alejó unos centímetros para poder admirarla así, completamente desnuda, expuesta a sus ojos y a los de Tommy. —Eres hermosa, Angel. —Luego no resistió: acercó el rostro a sus pubis y apoyó su boca en sus labios húmedos, besándolos con delicadeza, embriagado por el perfume de su sexo.

Ella cerró los ojos y levantó el rostro hacia el cielo con un gemido, sostenida por los brazos de Ryan, luego volvió a abrirlos y miró a los dos chicos.

La lujuria que delataban sus rostros alimentaba las llamas de su propia excitación. Angélica esbozó

una sonrisa cargada de complicidad. —¿Y vosotros qué esperáis?

No fue necesario agregar nada más.

Ryan le susurró al oído: —A vuestras órdenes, Lady Angel —antes de moverse frente a ella y unirse a los otros dos.

Tommy y Chris se deshicieron en un momento de su ropa interior, mostrando con orgullo sus miembros excitados. Angélica abrió mucho los ojos, haciéndolos rebotar entre una polla y la otra, luego miró a Ryan que la observaba fijamente con las manos inmóviles en el elástico de sus slip, esperando tener su atención. Le guiñó el ojo, después se bajó la ropa interior, liberando su dura polla, que apuntaba presuntuosa hacia arriba.

Angélica se llevó la mano a la boca, intentando ahogar un grito de sorpresa.

—¡Oh!

Nunca había visto una de ese tamaño. Tenerla frente a sí, erecta y toda para ella, literalmente la dejó sin aliento.

Se distinguía de las otras dos, diferenciándose también en la apariencia. La de Tommy era de tamaño mediano, pero resultaba eclipsada por la exuberancia de sus músculos. Ligeramente curvada hacia abajo, la vio oscilar en el aire mientras él daba un paso hacia ella. Chris, en cambio, la tenía recta e igualmente larga, con un glande de color rosa oscuro, que ya brillaba por la humedad.

Después de echar un rápido vistazo a los dos, Angélica dirigió de nuevo su atención a Ryan: era en realidad el más dotado de los tres. Su polla era la más larga y lo suficientemente gruesa para hacer que se estremeciera ante la simple idea de tenerla dentro de ella. Su mirada recorrió su cuerpo desnudo: tenía la complexión de un guerrero espartano, con todo y espada desenvainada.

El repentino contacto de las manos de Tommy sobre sus hombros desnudos, empujándola hacia atrás, la devolvió a la realidad. Estuvo a punto de tropezar, luego la parte trasera de sus muslos encontró el baúl recubierto de tela, que sintió suave, similar al terciopelo, en su piel.

Fue obligada a sentarse bajo la presión amable, pero al mismo tiempo resuelta, de las grandes manos de Tommy; la empujó hacia abajo, forzándola a tenderse sobre la superficie acolchada.

Angélica se sintió de repente desarmada, una presa consciente a merced de sus depredadores.

Intentó incorporarse sobre sus codos, pero los otros dos estuvieron de inmediato a sus costados, moviéndose como en un esquema probado.

Chris se ubicó a su derecha y Ryan a su izquierda. Cada uno de ellos la agarró del hombro con una mano, obligándola a desistir de su intento. Zarandeando sus brazos, tiraron de ella hacia atrás deslizándola sobre el terciopelo, hasta que quedó tendida como una víctima en un altar sacrificial.

Presionando sus hombros hacia abajo, le impidieron que se liberara, mientras se posicionaban a su lado. Estaba a la altura perfecta, se dio cuenta mientras giraba la cabeza a la izquierda, hacia Ryan: su polla estaba allí, al alcance de la mano, a un palmo de distancia de su boca.

Una ducha helada cayó de repente sobre el fuego que ardía en su interior, haciendo que en su mente irrumpieran con prepotencia las recomendaciones de sus padres, tan lejanas, pero siempre presentes.

—Chicos, yo...

—Ssh... —Ryan se inclinó sobre ella, colocando su dedo índice sobre su boca, para luego reemplazarlo con sus labios, mientras su mano guiaba a la de ella hacia su sexo. Los delgados dedos primero rozaron apenas su grueso miembro, caliente y erecto, luego se posaron sobre él, sin dudarle más. Angélica lo apretó lo mejor que pudo, dado su grosor, y comenzó a mover su mano junto con su lengua que siguió a la de Ryan en su boca.

Pegado a ella, del otro lado, Chris tomó su mano derecha, la colocó sobre su polla inflamada y comenzó a guiarla para mostrarle a Angélica la forma en la que podía avivar su placer.

El contacto de sus dedos frescos y suaves envolvieron su verga provocando que se contrajera en su mano. Chris movió su pulgar debajo del capullo hinchado, para que estimulara el frenillo, respondiendo a ese toque con un tirón de su polla.

Una ligera ráfaga de viento atravesó la habitación, haciendo parpadear la llama de las velas, dando a esa escena algo mágico: la suave piel de la chica, desnuda, tendida entre él y Ryan, con sus pollas duras en sus manos parecía una visión onírica.

De repente, un sonido atrajo su atención: Tommy arrastraba un taburete hacia ellos. —Bueno, no hay nada de malo si quiero disfrutar del espectáculo en primera fila, ¿no? —Se sentó con los codos apoyados en el baúl, frente a los pies de Angélica—. Oh, así está mucho mejor.

Ryan se apartó de la boca de la chica y lo miró sonriendo: lo conocía bien y había comprendido sus intenciones, pero de inmediato volvió a disfrutar del primer acercamiento de ella con su miembro.

Tomó la mano de Angélica pasando sus dedos a lo largo de toda la verga, luego la envolvió en la suya, mucho más grande, y la usó para apretar su polla. Era tan gruesa que los diminutos dedos no lograban rodearla, sólo podían deslizarse hacia arriba y hacia abajo, haciéndola palpar con cada movimiento.

Al llegar debajo del glande, Ryan apretó su mano sobre la de ella, mostrándole dónde aumentar la presión. Tras una breve parada en ese punto sensible, la llevó aún más arriba, hasta cubrir todo el capullo mojado, antes de hacerla bajar de nuevo.

La sensación de los dedos finos y de la delicada palma que corrían sobre la piel tensa le provocó una oleada de placer, inmediatamente transmitida a la polla que se contrajo en la mano de Angélica, empeñada en repetir el movimiento sin necesidad de ser guiada.

Tommy estaba encantado al verla tan concentrada en masturbar a Chris y a Ryan; ese momento era pura magia y quería ser completamente parte de él.

Deleitó sus ojos con el joven cuerpo de Angélica tendido frente a él, luego deslizó sus manos entre sus piernas, recorriendo sus pantorrillas para llegar al interior de sus muslos, y los separó. En la penumbra localizó los labios húmedos de su coño: una succulenta invitación a alimentarse de ella.

—Guau, qué visión fantástica, de hecho, me atrevería a decir: angelical.

Era típico de Tommy, lograba hacer divertido cualquier momento, mezclando la delicadeza con su masculinidad; una manera de actuar que lo volvía un compañero insustituible en las aventuras de los tres chicos.

Angélica sintió que una brisa acariciaba su intimidad expuesta, que se había enfriado aún más por los humores que impregnaban su sexo.

Volvió la cabeza hacia Chris, acercándose lo suficiente como para alcanzar su polla con la boca. La cogió, envolviéndola con su mano, mientras el perfume a hombre embriagaba sus fosas nasales. Hizo correr la lengua sobre el glande para recibir una gota del líquido preseminal, luego abrió los labios y los cerró sobre el capullo hinchado.

El gemido que oyó salir de la boca de él la gratificó, impulsándola a continuar. Vio a su pelvis empujarse hacia delante, haciendo entrar en su boca tanta carne como podía acoger. —Eso, tómala toda en tu boca, Angel.

La mano de Chris se deslizó por la parte interna del muslo de Angélica, corriendo hasta su rodilla, y lo abrió aún más. —Tienes una piel suave como la seda.

Abstraída en dar placer al chico con la boca llena de su miembro, percibió la mano de Ryan copiando a la de Chris, desplazando su muslo izquierdo hacia el exterior.

El sentirse tan obscenamente expuesta, con su coño abierto ante los ojos de Tommy, le provocó una llamarada de vergüenza, que inmediatamente fue silenciada por el deseo de sentirlo sobre ella.

Cerró los ojos, continuó trabajando con su boca y con su mano la polla de Chris, mientras el aliento caliente del chico anticipaba a la lengua que se posó con delicadeza en su rajita empapada de humores.

Angélica tuvo un estremecimiento, antes de arquear la espalda como queriendo apartarse; se separó de Chris para observar la silueta imponente de Tommy con la cabeza enterrada entre sus muslos.

—¡Oh Dios!

Ryan colocó una mano sobre su vientre aplástandola contra la parte superior del arcón.

—Dime, Angel, ¿pasa algo? —Con la otra mano le apretó el brazo, impidiéndole moverse—. No me vas a decir que no te gusta, ¿verdad?

Chris le guiñó un ojo. —Yo no diría eso, Ryan. También porque, hay que reconocerlo, Tommy es imbatible en ciertas cosas. —Le sujetó el otro brazo, obligándola a desistir de cualquier intento de rebelión—. ¿Qué opinas, Angel, es bueno o no?

Por toda respuesta, ella gimió mordiéndose el labio inferior, al sentir la lengua de Tommy separar sus labios y subir entre ellos hasta alcanzar su centro de placer.

Al verla dejarse llevar, Ryan movió su mano del tenso vientre de Angélica para pellizcar su pezón entre el pulgar y el índice.

—¿Escuchaste su respuesta, Chris?

El susodicho siguió el ejemplo de Ryan e hizo lo mismo con el otro pezón, pellizcándolo aún más fuerte.

—No, no me parece. —Lo retorció entre sus dedos arrancándole un aullido—. Entonces, Angel, ¿Tommy es bueno o no?

Angélica, desterrada de la realidad por aquel torbellino de sensaciones, consiguió a regañadientes pronunciar. —Sí...

—¿“Sí” qué? —Ryan redobló la apuesta, retorciéndole también el pezón y tirando de él con firmeza—. ¿No quieres que te lo escuche decir?

—¡Uh!

Tommy comenzó a hacer movimientos circulares con la punta de su lengua sobre su clítoris hinchado, manteniendo abiertos los labios de su coño.

—Venga, deja que escuche lo bueno que es.

Angélica apenas podía revolverse, inmovilizada por los dos, mientras de sus pezones nacían punzadas de dolor que se unían al placer que Tommy le estaba regalando al jugar con su hipersensible clítoris.

—Mmh... —Fue lo único que pudo salir de su boca, mientras se daba cuenta del intenso placer que le provocaba el ya no tener el control de la situación.

Cuanto más intentaba moverse, más constataba hasta qué punto se encontraba bajo su poder: estaba a su merced, incapaz de reaccionar y subyugada a esa voluptuosidad que permeaba todo su cuerpo. La repentina impotencia, una sensación nunca antes experimentada, la desorientaba, pero en lugar de aterrorizarla, aumentaba su excitación, empujándola a descubrir qué querían hacerle esos tres.

La enésima vez que Chris y Ryan retorcieron sus pezones entre sus dedos, sus caderas intentaron girar para escapar de esa encantadora tortura, pero las manos que mantenían sus muslos separados hicieron fuerza, reteniéndola en su lugar, mientras la lengua de Tommy se arremolinaba sumergiéndose en su coño mojado para luego deslizarse hacia lo alto, volviendo a jugar con su clítoris.

Cuando empujó su lengua más profundamente, moviéndose hacia abajo entre sus labios, ella se apartó de la polla de Chris. Con la boca impregnada del sabor de su sexo, tomó aire a pleno pulmón y dejó escapar un largo suspiro.

—Eh, no, querida Angel, no querrás dejar solo a mi amiguito precisamente ahora, ¿eh? —Chris tomó su nuca para torcer su cabeza y llevar su boca nuevamente frente a su palpitante polla—. Vamos, abre esa boquita.

Ella levantó la vista y lo miró desde abajo: su cara estaba casi completamente cubierta por los mechones azabache que caían a los lados de su rostro, dejando entrever su pronunciada mandíbula. Obedeciendo a su voluntad, abrió los labios y dejó que él entrara en ella con el capullo hasta el fondo de su garganta.

Arrobada por aquel gesto extremo, comenzó a mover la cabeza, trabajando con la lengua bajo el prepucio, de un lado a otro, de un lado a otro, sin pensar ni detenerse, respirando convulsivamente por las fosas nasales, para desahogar a sus pulmones que se inflaban como fuelles estimulados por el frenético latido de su corazón.

En el rostro de Ryan apareció una sonrisa satisfecha: habían logrado conducirla al punto de no retorno, donde los miedos y las vacilaciones ya no tenían sentido.

Tommy llevó su mirada al cuerpo de Angélica tendido frente a él, mientras seguía lamiendo y chupando su coño, manteniéndolo abierto con los dedos y usando su lengua para provocarlo y atormentarlo. Podía sentir los músculos de la chica tensándose presa de los espasmos de placer, incapaz de moverse, retenida por el agarre de Chris y Ryan, que no daban tregua a sus pezones martirizados por sus dedos.

Envolvió con sus labios el clítoris hinchado y lo chupó con fuerza, haciendo que ella separara sus labios de la polla de Chris y golpeará su cabeza contra la superficie acolchada con un grito ahogado entre los dientes apretados.

Ryan sentía el creciente placer ante las reacciones cada vez más intensas de Angélica, notando cómo empujaba sus caderas hacia arriba en una búsqueda espasmódica de la boca de Tommy. Se volvió para mirarlo, con una expresión complacida. —Excelente trabajo, Tommy, si sigues así, me parece que te adjudicas el primer round.

Aquellas palabras le sonaron lejanas, como provenientes de otra dimensión, abandonada como estaba a aquellas pequeñas descargas eléctricas de creciente intensidad provocadas por las hábiles atenciones de Tommy, que al verla en ese estado asestó el golpe final.

Mientras estimulaba el turgente clítoris con su lengua, colocó sus dedos índice y medio en la entrada de su coño. La penetró con sus gruesos dedos, deslizándolos hacia dentro para luego curvarlos lo justo y necesario, presionando sobre su punto “G”.

Fue el golpe de gracia.

Angélica echó la cabeza hacia atrás, su respiración se interrumpió por un momento que pareció eterno, finalmente se dejó llevar, gritando su placer mientras se corría en la boca de Tommy con las manos apretadas en las duras pollas de Chris y Ryan.

—¡Oh Dios! ¡Dios! Sí... Sí, sí, síí...

Sus ojos se pusieron en blanco, su cuerpo comenzó a sacudirse como atravesado por una descarga de mil voltios, dominado por un orgasmo tan violento como liberador.

Pasaron pocos segundos, las convulsiones se aplacaron y su cuerpo se relajó, regalándole una descarga de endorfinas más efectiva que cualquier fármaco. Duró lo suficiente para transportarla lejos de su mente, anulando toda su voluntad, sobre una nubecita mágica donde todo era perfecto.

Le hubiera gustado que el tiempo se detuviera en ese preciso instante, para hacerlo eterno, pero se dio cuenta de que estaba apretando demasiado los miembros de Ryan y Chris. Se giró hacia este último mirándolo con una sonrisa estúpida.

—Lo siento, espero no haberte hecho daño.

—Si este fuera el daño, me gustaría que durara para siempre. —Él soltó su pezón e hizo correr la yema de sus dedos sobre el pecho aún palpitante de Angélica, hasta tocar sus labios—. De todos modos, ahora puedes aflojar la presión, ¿qué opinas?

Una expresión traviesa apareció en el rostro de la joven. —Podría hacer algo aún mejor. —Acercó nuevamente su boca al capullo, apoyó su lengua en la punta, mientras su mano comenzaba a deslizarse lentamente sobre la dura verga. Levantó la mirada, para comprobar las reacciones del chico, pasando por su pecho desnudo y extendido hacia ella—. ¿Es mejor así? —Sin esperar respuesta, separó sus labios y envolvió su polla, haciéndolo contraerse en su mano.

El apartó de su cara los mechones mojados, colocó su mano en su nuca y comenzó a guiarla, mientras se empujaba dentro de su boca.

Su cabeza cayó hacia atrás cuando la mano de ella aceleró, masturbándolo y chupando sin pausa.

Pero, cuando sintió que sus pelotas comenzaban a contraerse, bajó la cabeza y la detuvo. —Oh, oh, calma, pequeña. Quiero mucho más de ti. —No deseaba correrse demasiado pronto, había otras cosas que quería probar con esa chica que, a fin de cuentas, no era tan “angelical”. Además creo que Tommy se ganó tus atenciones más que yo, ¿no te parece?

Se soltó de su mano e hizo una seña a Tommy, quien lo entendió de inmediato. Después de cambiar rápidamente de lugar, Tommy cogió la mano derecha de Angélica y la colocó sobre su polla. La tenía dura como el mármol, una consecuencia obvia de todo el tiempo que había pasado lamiendo su coño.

Ella lo apretó entre sus dedos y llevó la vista a su rostro. —Lo de antes fue maravilloso. —Rozó su capullo con sus labios, depositando un ligero beso—. Gracias. —Luego comenzó a esparcir el líquido preseminal, que salía en cantidad, a lo largo de toda la polla, observando satisfecha cómo se estremecía ante el toque de sus dedos.

Como se curvaba ligeramente hacia abajo, para ella era una nueva forma de jugar con el chico: podía alcanzar fácilmente la parte superior y ver cómo reaccionaba él. Estaba tan concentrada en este nuevo placer que no le había prestado atención a Chris, de pie entre sus piernas todavía abiertas de par en par.

Lo advirtió sólo cuando sintió la punta de su polla frotarse contra su hipersensible clítoris, desviando repentinamente su atención de Tommy. Levantó la cabeza y vio la silueta de su cuerpo frente a ella.

—Ooh, Chris...

—Ssh... —Tommy le apretó las mejillas entre dos dedos—. No te distraigas. —La posicionó hacia su pene erecto e hizo que éste se deslizara entre sus labios, abriéndose paso dentro de su boca.

La tormenta no daba señales de amainar, pero Angélica ya no oía ni los truenos, ni la brisa que de vez en cuando sacudía la puerta cerrada. Su realidad estaba reunida toda en esa pequeña habitación, en el baúl sobre el que yacía y en los deseos de los tres chicos.

Chris comenzó a frotar todo el largo de su polla en su rajita, entre los labios mojados de su coño, pero sin penetrarla, aumentando el deseo de Angélica de sentirse poseída. El miembro corría fluido, deslizándose hasta la entrada de su intimidad, para luego volver a estimular su clítoris, dejándola con el aliento suspendido una y otra vez.

También para él aquel retrasar las cosas era un verdadero desafío: resistir el calor acogedor que envolvía su capullo era cada vez más difícil; el impulso de deslizarse dentro de ella era fuerte, sin embargo resistió. Verla retorcerse debajo de él, intentando en vano levantar las caderas para obligarlo a entrar en ella, retenida una vez más por Tommy y Ryan, fue excepcionalmente satisfactorio.

Se detuvo en el cuerpo desnudo de la chica, en su pecho que se movía con creciente ardor, atravesado por un deseo que eclipsaba toda su voluntad.

—Creo que lady Angel se está divirtiendo —comentó, mientras continuaba atormentando su sexo. Los repetidos gemidos que salían a duras penas de la boca llena de la polla de Tommy eran una clara señal de lo perdida que estaba en los meandros del placer.

—Diría que sí, señor Chris. —Ryan continuó jugando con los pezones de Angélica, duros como guijarros, haciendo que su piel se erizara.

—Y qué boca tiene, suave como... —La frase de Tommy fue interrumpida por un ligero mordisco que Angélica propinó a su capullo.

Bajó la mirada y la vio sonriente con su polla apretada entre sus dientes: debía estar orgullosa por haber logrado dominar ese ímpetu masculino, pero ese pequeño gesto de rebelión no hizo más que provocarlo.

—Ah, ¿entonces es así? —Le apretó la nariz entre los dedos índice y pulgar—. Veamos si sueltas, ahora.

Angélica, no se rindió, continuó respirando afanosamente entre sus dientes, no queriendo ceder

ante esa imposición.

—Uhm, Sir Ryan, parece que esta doncella necesita ser educada. —Tommy sintió que sus dientes se hundían un poco más en la delicada punta de su miembro—. Y diría que hay que hacerlo pronto.

Movió su mano hacia su pezón derecho e intercambió con Ryan una mirada cargada de complicidad.

—¡Uno... Dos... Tres!

Ambos apretaron con fuerza sus dedos sobre los pezones turgentes de Angélica, haciéndola gritar y, en consecuencia, soltar la polla de Tommy.

—¡Ay, imbéciles!

Los dos se rieron a carcajadas después de chocar los cinco con su mano libre.

—Claro que, señor Tommy, ahora siento algo de temor en confiar mi bienamado falo a las atenciones de esta damisela rebelde. —Ryan no la soltaba, retorció su botoncito duro esperando una señal de rendición de parte de Angélica—. ¿Qué opina, mi señor? ¿Deberíamos parar?

—Yo diría que no, mi querido señor Ryan. —Tommy agarró su polla y comenzó a golpearla contra la mejilla de Angélica, mientras su otra mano continuaba atormentando su pezón derecho—. Me parece un merecido castigo por su vil gesto. ¿Estáis de acuerdo, Lady Angel?

Arrastrada en un vórtice de dolor mezclado con placer, ella apenas consiguió responder entre un suspiro y el otro, mientras la polla de Chris continuaba estimulándola más allá de lo imaginado, sin concederle la satisfacción de la penetración.

—N... no...

—¿Cómo? ¿No queréis que paremos? —Ryan subió la apuesta.

—S... sí...

—¿Oyó eso, señor Tommy? La doncella admitió que el nuestro es un castigo justo por su vil acto de rebelión, así que creo que es suficiente. —Soltó su pezón para masajear su pecho—. Pero ahora, mi querida Angel, tienes que hacerte perdonar.

El empujó sus caderas hacia delante, apoyando el grueso capullo contra su mejilla.

Angélica tuvo un momento de desorientación, al sentir el calor de los dos miembros a pocos centímetros de su boca. Se sentía como nunca hubiera imaginado, abrumada por sus sentidos hasta abandonar completamente la razón y el pudor. Ansiaba esas pollas más que nada en el mundo, quería sentirse penetrada por Chris, quería chupar a Tommy y también a Ryan al mismo tiempo.

El saber que podía satisfacer los deseos de tres chicos juntos y ser tan deseada por ellos, le había hecho descubrir un lado de sí misma que ni siquiera imaginaba poseer.

Dios, Angel, ¿qué te sucede?

Justo cuando el último destello de lucidez intentaba hacerla regresar a la tierra, Ryan decidió cambiar las cartas sobre la mesa.

—¿Qué opinais, señor Chris, pensais que está lista?

Chris dio un paso atrás y sondeó el sexo de Angélica con dos dedos. —Veamos. —Abrió sus labios hasta alcanzar la entrada cálida y húmeda de su coño. Hizo girar su dedo índice y medio sobre la delicada piel antes de introducirlos a ambos sin esfuerzo—. Yo diría que sí.

El gemido que salió de su boca confirmó que tenía razón. Ya no podía esperar, la apremiante necesidad de sentirse saciada se había convertido en una auténtica tortura.

—Bien, entonces no esperemos más. —Ryan se inclinó acercándose al oído de Angélica—. Colmaremos ese vacío que sientes, Angel. Te lo prometo.

Literalmente había leído su mente, aunque esas palabras sonaron más como una amenaza que como una promesa, pero incluso si lo hubieran sido, Angélica ahora estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de apagar ese fuego que había comenzado a arder dentro de ella.

Ryan dio unos pasos para llegar a la alfombra que se encontraba en el centro de la habitación y se tumbó en ella boca arriba.

Chris lo miró y una sonrisa cómplice apareció en su rostro, sacó lentamente los dedos de Angélica y se ubicó a su lado, señalándolo con la mano. —Mira, Angel, mira el efecto que tienes en él.

Ella, completamente inmersa en esa atmósfera surrealista, donde todo estaba permitido, se incorporó sobre sus codos para mirar a Ryan.

—¡Oh, Dios mío!

Le parecía un fotograma robado a una película para adultos, donde el protagonista esperaba a su compañera para la escena principal. Ryan se sostenía la cabeza con las manos en la nuca, tendido en la alfombra, con su gran polla erecta apuntando al cielo.

Ella volvió a pasar revista de todo su cuerpo: las pantorrillas y los cuádriceps bien formados, el torso con los pectorales trabajados y los abdominales marcados. Luego subió para admirar su cabello rubio y rizado que caía sobre la alfombra, marco perfecto para sus ojos celestes en los que perderse para siempre.

Inexorablemente, su mirada fue atraída por el grueso miembro que se alzaba orgulloso y arrogante entre sus piernas.

Las manos de Chris sobre sus hombros la distrajeron de esa visión entre celestial y diabólica; la levantó para sentarla sobre el baúl y movió primero su pierna derecha y luego la izquierda, llevando sus pies al suelo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Angélica: la idea de hacer entrar esa cosa enorme en ella la estaba haciendo dudar, y no poco.

—Bueno, chicos, yo diría que se ha hecho tarde... —Buscó con la mirada una ventana abierta que justificara sus palabras, pero fue en vano. La habitación, iluminada por la tenue luz de las velas, parecía pertenecer a otra dimensión, lejana en el tiempo y en el espacio—. Además, ya habrá dejado de llover...

En ese preciso instante un trueno hizo vibrar los cristales, refutando ese tímido intento suyo.

A Chris no se le escapó su titubeo. —Vamos, Lady Angel, no querráis echaros atrás en la mejor parte, ¿verdad? —Inclinó la cabeza de manera interrogativa, mientras la ayudaba a levantarse.

Tan pronto como estuvo de pie, las piernas de Angélica temblaron levemente, luego se dejó llevar al centro de la habitación y se arrodilló al lado de Ryan; en el rostro del chico brillaba una sonrisa sincera, como la de un niño justo antes de desenvolver su regalo de cumpleaños.

Tommy se unió a ellos y, junto con Chris, la ayudó a ponerse a horcajadas sobre Ryan, con su coño a pocos centímetros de su miembro.

Se dejaba mover como una marioneta, ebria de emociones, después de haber renunciado sobre ese baúl a todos sus escrúpulos, entregándose a los estímulos de su cuerpo y a las manos de esos tres.

Frente a ella, el torso forjado de Ryan era una invitación explícita a recostarse sobre su pecho; quería sentir su calor sobre ella una vez más, pegarse a su piel y volverse uno con él.

La respiración de Angélica comenzó a acelerarse ante el simple pensamiento de poder tenerlo dentro de ella, dividida entre el temor y un calor creciente que envolvía su abdomen.

Ryan la miró a los ojos, hechizándola con la luz que sus iris celestes emanaban.

—Bienvenida, Lady Angel. —Puso ambas manos sobre sus muslos desnudos—. Os estaba esperando.

Esperó un momento, antes de levantar la cabeza y besarla una vez más, mientras Angélica se inclinaba hacia delante, con los ojos cerrados y los labios listos para recibir a los de él, para unirse en una danza sublime.

Angélica pasó los dedos por sus rizos rubios, envolvió su nuca para mantenerlo abrazado a ella e,

inclinada sobre él con el trasero al aire, se dejó arrastrar por el baile de la lengua de Ryan entrelazada con la suya.

Perdida en ese huracán de sensaciones, ya no estaba prestando atención a los otros dos y la repentina sensación de una polla entrando en su sexo desde atrás, llovió sobre ella como una agradable ducha helada en un tórrida jornada de verano.

Entró por completo en su coño, empujándose hasta el fondo, favorecido por su humedad, llegando a tocar el cérvix con la punta.

—Cristo, Angel, qué cálida y suave eres... —La voz de Chris llegó a confirmar sus sospechas: era él quien se la estaba follando, acabando lo que momentos antes había dejando en suspenso.

Angélica gimió en la boca de Ryan con sus pezones rozando su pecho, mientras sus lenguas se batían en duelo y las embestidas de Chris comenzaban a sacudir su cuerpo.

Pocos segundos después se vio obligada a interrumpir ese beso para tomar un poco de aire: la repentina llenura le había regalado esa satisfacción tan ansiada, empujando a su corazón a correr como un loco.

Chris apretó sus caderas y la penetró una y otra vez, deslizándose fácilmente en su húmeda intimidad, luego se retiró de ella, privándola intempestivamente de esa magnífica sensación.

Angélica intentó girarse, quería comprender el por qué de esa páfida interrupción, pero sintió un par de manos fuertes posarse en sus hombros impidiéndole moverse. Levantó el rostro y vio la silueta de Tommy frente a ella, mientras Ryan mantenía sus piernas quietas y otras dos manos separaban sus nalgas.

Sentirse tan expuesta en su parte más íntima fue una verdadera bofetada a su pudor, aunque este ya no podía ejercer ningún poder sobre ella.

Sintió la punta de la lengua de Chris deslizarse delicadamente por la parte baja de su espalda, hacia abajo, recorriendo el surco para llegar a su anillito rosado y detenerse, tan audaz como desprejuiciada.

Una contracción impulsiva intentó apretar sus nalgas en defensa de su agujerito, pero el agarre de Chris prevaleció y su lengua comenzó a empujar con insolencia, intentando abrirse camino con la punta mojada de saliva.

Dividida entre la vergüenza y la lascivia que ese acto le transmitía, Angélica primero se resistió obstaculizando su entrada, luego cedió y dejó que Chris deslizara su lengua en el agujero de su culo.

Un repentino estremecimiento cubrió todo su cuerpo con piel de gallina, mientras su hoyito era violado de la manera más directa y obscena. Sentía las mejillas de Chris descansando sobre sus nalgas abiertas, su nariz soplando en su surco como un toro enfurecido, mientras su lengua reptaba, con avidez, entre su carne.

Angélica echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, en completa veneración por el comportamiento tan vicioso de Chris.

—Mmh...

Cuando el placer hubo sustituido por completo la desconfianza inicial de la chica, él le quitó la lengua para reemplazarla prontamente con la punta de su capullo. Y fue en ese preciso instante cuando Angélica comprendió las verdaderas intenciones de Chris.

Ya había tenido sexo anal con un ex suyo; era él quien la había convencido de intentarlo y realmente no había sido la gran cosa, pero ahora, en ese momento de total abandono, le pareció lo más natural que podía suceder.

Al advertir la presión en su capullo hinchado, Chris la deslizó hacia abajo, recogiendo la humedad que cubría su coño para poder lubricar mejor su polla. Después de pasarla dos o tres veces por la zona, volvió a su posición y se empujó un centímetro dentro de su agujerito, haciendo que Angélica diera un respingo.

—¡Ooh!

Ryan, comprendiendo lo sensible que ella estaba en ese momento, soltó sus piernas y tomó su

rostro entre sus manos.

—Mírame, Angel. —Esperó a que ella llevara la vista hacia él antes de continuar; sus ojos celestes la atravesaron como cuchillas, haciendo añicos todos sus temores.

Angélica asintió con un leve movimiento de su cabeza, sostenida por las cálidas y tranquilizadoras manos de Ryan.

—Entonces deja que suceda, no te prives de nada.

La atrajo de nuevo hacia él, abrazándola contra su pecho, para darle un beso que capturó su alma y eliminó cualquier atisbo de duda que le quedara.

Chris, al escuchar esas palabras, comenzó a empujarse lentamente dentro de ella. Su capullo traspasó la barrera del anillito tenso y avanzó, constreñido entre las cálidas paredes de su esfínter.

Ella se despegó de la boca de Ryan para apretar los dientes, invadida por una especie de doloroso placer, mientras movía sus caderas para ayudar a Chris a entrar en el estrecho pasaje. Podía sentir lo ancho del capullo abriéndose paso en su carne, mientras la dura verga avanzaba inexorablemente.

Una vez que llegó a hacer que todo el largo de su erección estuviera por completo dentro, Chris se detuvo, dejando que Angelica se adaptara a su intrusión.

La escuchaba gemir y la sentía vibrar con cada pulsación de su dura tranca apretada en sus entrañas; habría sido demasiado fácil perder el control y comenzar a joderle el culo con prepotencia, pero Chris sabía que cada meta debía ser conquistada con paciencia.

—Dios, Angel, qué apretada estás. —Fortalecido por su experiencia, comenzó a moverse lentamente, hundiendo sus dedos en sus firmes nalgas mientras las separaba.

Su polla se retiró dos o tres centímetros, la dejó tomar aire y luego se hundió nuevamente en ella, sin prisas, pero llegando a clavarla profundamente en su interior. —La tienes toda dentro, Angel, ¿la sientes?

Ella, avalada por esa llenura y turbada por la dureza de la carne que invadía su vientre, solo pudo jadear en señal de asentimiento, mientras se adaptaba a la profunda penetración anal. Su culo se contraía, envolviendo apretadamente su miembro cada vez que él se detenía, obligándolo a empujar con fuerza para continuar, pero cada embestida era mejor que la anterior: el dolor inicial ahora había dado paso al placer, a medida que su cuerpo se habituaba a esa forma desconocida de goce.

Angélica comenzó a retroceder, siguiendo el ritmo de las estocadas de Chris: ahora lo deseaba cada vez más, extasiada por ese vórtice de placer depravado. Sintió gotas que dejaban su intimidad para trazar el interior de sus muslos, mientras Chris le follaba el culo más y más fuerte. Con cada embestida, sus huevos golpeaban contra sus labios mojados, haciendo que se estremeciera, perdida en aquel éxtasis de los sentidos.

Se había desplomado sobre el torso de Ryan y jadeaba con la boca pegada a su cuello, alternando suspiros con gemidos siempre más intensos.

Él la levantó para admirar su estado: los mechones rubios cubrían en parte su rostro sonrojado, los ojos entrecerrados en rendijas delataban su placer mientras se mordía el labio inferior.

Le sonrió, luego deslizó la mano derecha entre sus cuerpos, para alcanzar la base de su polla. —Ahora sí que estás lista. —Retrocedió y se impulsó hacia delante nuevamente, empujando su grueso capullo entre sus labios carnosos y la hizo hundirse en el coño empapado de Angélica.

Ella puso los ojos en blanco y dejó escapar un fuerte grito.

—¡Uh! Dios!

Las paredes internas de su sexo se tensaron para acoger toda esa carne dura, mientras Chris continuaba bombeando en sus entrañas sin darle un instante de tregua.

Había visto algunas películas con dobles penetraciones, pero vivirlo en su propia piel era algo completamente diferente. La sensación de llenura, tanto por delante como por detrás, le estaba dando una especie de plenitud, estimulando sus sentidos al máximo.

Separó un poco más sus rodillas y se dejó caer lentamente con sus caderas sobre Ryan, mientras Chris bajaba detrás de ella para seguirla en ese nuevo ángulo.

Y comenzó el verdadero éxtasis.

Chris y Ryan se coordinaron en un ritmo perfecto, uno se empujaba dentro de ella, alejándola del otro, luego se tiraba hacia atrás y dejaba que el segundo la llenara.

Angélica parecía una muñeca de trapo, encajada entre ellos dos, atravesada por sus miembros rígidos con una sucesión de despiadados latigazos que la estaban llevando rápidamente al límite, entre gemidos y grititos de lúbrico dolor.

La madre naturaleza parecía haberlos creado para aquello: Chris más delgado para moverse con facilidad en su culo, mientras que Ryan, mucho más dotado, la llenaba por delante de una manera nunca antes experimentada.

Con cada vaivén podía sentirlos frotándose entre sí a través de la delgada pared interna que los separaba, como dos pedernales que estaban encendiendo un fuego que estaba listo para arder.

Angélica se levantó sobre sus brazos para dejar más espacio para Ryan debajo de ella, al tiempo que buscaba adoptar una posición más adecuada para favorecer a la respiración agitada que forzaba sus pulmones.

En cuestión de segundos, las embestidas se volvieron más fuertes y profundas, haciendo que su cuerpo vibrara como una ramita en una tormenta.

Puso sus manos en los pectorales de Ryan y lo miró a los ojos.

—Dios, qué me estáis haciendo...

Él le metió el dedo índice en la boca y dejó que ella lo chupara. —Nos unimos a ti, Angel. Eres nuestra diosa, el ángel que nos está llevando al Cielo.

Ella, impulsada aún más por sus palabras, cerró los ojos y empezó a chuparle el dedo con fuerza, pero una mano se lo sacó de la boca: Tommy, delante de ella con el miembro agarrado en su mano y las piernas abiertas, apuntaba el capullo directo a sus labios. Después de haber contemplado impasible la escena durante algunos minutos, se había adelantado y ahora exigía su parte.

—Os estáis olvidando de mí, ¿eh? —Le levantó la barbilla con dos dedos para que ella lo mirara —. Yo también quiero ir al Cielo.

Angélica se balanceaba hacia delante y hacia atrás por efecto de las embestidas de Chris y Ryan, siguiéndolos en aquella danza con los movimientos de su pelvis, pero de repente los dos rompieron esa sintonía para entrar en ella juntos.

—¡Ooh! —Angélica dejó escapar un grito abriendo la boca, liberando un cómodo paso para el capullo de Tommy.

—¡Vaya! Qué ímpetu, Lady Angel. Me bastaba un sí...

Verla poseída con fuerza por Chris y Ryan, en esa posición que resaltaba sus formas inmaduras y perfectas, fue como un bálsamo que le dio una descarga de energía a su excitado miembro. Tommy se empujó entre sus labios bien abiertos, llenando también ese tercer orificio. —Si insistes, aquí está, es toda tuya.

El sabor del sexo de Tommy le estimuló las papilas gustativas, mientras él se empujaba en ella, deslizando su verga en su boca. La curva de su polla era perfecta para esa posición, siguiendo los contornos naturales de su lengua y garganta.

Con el corazón lanzado a una carrera desenfrenada, Angélica sintió que él llegaba hasta el fondo, obligándola a respirar con su nariz sumergida en su vello público, mientras soplaba por sus fosas nasales hambrienta de aire.

Al verla tragarse la polla de Tommy, de pie encima de él, Ryan se dejó llevar por un arrebatado de lujuria, que endureció aún más su verga dentro de ella. Guió las manos a su pecho, cogiéndole ambos senos y colocando sus pezones entre sus dedos pulgar e índice. Comenzó a masajearlos con movimientos circulares, comprimiendo y tirando de la carne sensible al ritmo de sus embestidas.

Le gustaba provocar en ella esos pequeños grititos de placer impregnados de dolor, que se filtraban apenas entre los labios firmemente envueltos alrededor de la polla de Tommy. Levantó la vista y lo vio apretar los dientes para resistir a aquel estímulo tan fuerte, mientras sostenía la cabeza

de Angélica con ambas manos y le follaba la boca. La lengua de Angel se arremolinaba y saboreaba cada centímetro de su eje, tragándolo con cada embestida que Chris le infligía, follándola en el culo, mientras copiosos riachos de saliva cubrían su barbilla y comenzaban a mojar las pelotas de Tommy.

Parecía una escena sacada de uno de los círculos del infierno, donde la sierva escogida previamente para el sacrificio era poseída de todas las formas posibles.

Entre gemidos y gruñidos, la frecuencia de las embestidas comenzó a aumentar. Chris, aferrado a las caderas de Angélica, la sodomizaba sin más miramientos, haciendo vibrar sus nalgas con cada estocada, mientras Ryan se empujaba dentro de ella a un ritmo creciente y demoledor.

Tommy miró a Chris, vio unas gotas de sudor bajar marcando sus pronunciados pómulos, sus manos apretadas en las nalgas abiertas de ella, y su polla entrando y saliendo de su cuerpo tembloroso, antes de oír el gruñido de Ryan debajo de él. Era evidente que ambos estaban llegando al límite y la chica se encontraba a punto de perder el control bajo el ímpetu de sus golpes.

Intuyendo el momento, salió de su boca para facilitarle la respiración.

Víctima de las embestidas cada vez más insistentes de ambos, Angélica empezó a sentir que su cuerpo perdía consistencia, violado de todas las maneras, penetrado por todos lados. Las pequeñas sacudidas que advertía subiendo desde su bajo vientre en un instante se volvieron violentas e imparables, extendiéndose a todo su cuerpo y haciéndolo temblar incontrolablemente.

Chris y Ryan, con una última embestida, se hundieron en ella y se quedaron quietos, llenándola por completo, haciéndola explotar en un furioso orgasmo.

—¡Oh, Dios mío! Sí, sí, síí...

Ryan le tensó los brazos para sostenerla, mientras era arrasada por violentas convulsiones, su respiración suspendida en ese instante de beatitud celestial, que nunca antes había experimentado.

Angélica permaneció inmóvil por unos segundos, con una sonrisa tonta estampada en la cara y dos lagrimones de alegría surcando sus mejillas sonrojadas.

Le hubiera gustado quedarse así para siempre, empalada sobre ellos dos, disfrutando de esa ligereza que ahora hacía cosquillas a su alma, pero Ryan le machacó los brazos, plantándola sobre su polla y, con un gruñido animal, empujó sus caderas hacia arriba, sepultando cada centímetro de sí mismo dentro de ella.

—¡Joder! ¡Me corro! Me corro...

Se contrajo bajo sus muslos, haciéndola gritar por la vehemencia con la cual se vaciaba en su coño, hinchado y duro al extremo.

Ante esas vistas, Tommy le sujetó la cabeza, blandió su polla lista para correrse y se la metió en la boca. Dejó escapar un brusco resoplido cuando sintió que los espasmos comenzaban a hacer palpar su verga, luego se liberó, bombeando su semen en su garganta con cálidas oleadas de placer.

La lengua de ella bailaba, masajeando su temblorosa polla, mientras gorgoteaba y tragaba cada chorro, intentando no dejar escapar ni una sola gota.

Chris, vio como Tommy echaba la cabeza hacia atrás con una mueca de éxtasis, mientras con la polla apretada en la mano se corría en su boca: era su turno, ya no podía resistir. Se hundió un par de veces más en el culo de Angélica y luego explotó él también.

—Ten... ¡Joder! ¡Joder!

Resoplando y gruñendo como una bestia herida, siguió jodiéndola por el culo incluso mientras se corría, follándola como un hombre poseído, inundando sus entrañas con largos chorros de esperma caliente.

Acoger a los tres chicos dentro de ella, con su placer, dejando que se abandonaran a sus instintos primordiales, estaba haciendo que Angélica se sintiera una verdadera mujer, hospitalaria y unificadora. Con su rostro extasiado de placer, estaba amando cada uno de sus jadeos, cada uno de sus gruñidos, cada uno de sus suspiros y cada gota de su semen.

Realmente estaba en el Cielo y no tenía ninguna intención de volver abajo; pero todo lo que inicia tarde o temprano debe terminar.

Tommy le quitó las manos de la nuca y acarició dulcemente su cabello; aquella había sido la mejor mamada que jamás había recibido. Retrocedió, perdiéndose en los ojos verdes y brillantes de Angélica; la observó lamer hasta la última gota de la punta sensible, haciéndolo saltar cuando salió de su boca.

Chris se retiró suavemente del culo de Angélica, su capullo asomó y comenzó a oscilar en el aire. Tambaleándose, retrocedió para apoyarse en el mostrador.

—Guau, fue fuerte. Muy fuerte.

Ella apretó sus nalgas, tratando de compensar el vacío que le había dejado, mientras sentía a Ryan ablandarse dentro de ella, pero no quería salirse de él: quería conservar esa sensación de satisfacción el mayor tiempo posible.

Movió sus caderas sinuosamente, saboreando su voluminosa presencia que acariciaba su vientre desde el interior. —No te dejaré escapar a ti también. —Apoyó la punta de su naricita respingona en la de Ryan, que yacía aún tumbado debajo de ella.

—Puede ser también que no tenga el más mínimo deseo de huir, ¿no crees?

Sus labios se unieron, sellando ese momento mágico para grabarlo en sus corazones.

—Qué romántico, nuestro Ryan, ¿verdad Chris? —Tommy se acercó al mostrador y tomó una toalla para limpiarse.

—Sí, Tommy, y aparentemente nuestra Angélica no es tan casta como parecía.

Ryan se apartó de su boca y la provocó, moviendo un poco las caderas. —Y nosotros pensábamos que eras una joven tímida e inocente.

Angélica se inclinó hacia un lado para hacer que se deslizara fuera de su sexo. Llevó las manos a sus caderas con actitud guerrera. —Uh, señor Ryan, ¿qué está insinuando? —Se arrodilló sobre la alfombra, pero un ligero mareo la obligó a tumbarse—. Tal vez es mejor si...

Tommy la cogió mientras se sentaba en un taburete. —Exactamente, tal vez es mejor si guardas algo de energía y descansas un poco.

Chris se acercó y se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra. —Tommy tiene razón, deberías guardar energía, si es que te queda algo.

Los cuatro se echaron a reír, vencidos por un agotamiento gratificante, que adormecía la mente y embriagaba el espíritu, pero el rechinar de la cerradura de la puerta los interrumpió, precediendo a una voz femenina bastante excitada.

—¿Hay alguien aquí? ¿Se puede pasar? Está lloviendo afuera...

Los cuatro se miraron con el dedo índice en sus labios para invitarse al silencio, pero Tommy intervino, como de costumbre, para arruinarlo todo.

—No. Aquí no hay nadie.

—¿Cómo que no hay nadie? ¿Y quién sois vos, entonces?

Reprimiendo la risa, Angélica y Chris pellizcaron los musculosos brazos de Tommy, pero fue Ryan quien tomó las riendas de la situación en sus manos.

—Iré yo.

Se levantó y caminó hacia la entrada desnudo, con su grueso miembro colgando entre sus piernas. Abrió la puerta y, sin inmutarse en lo más mínimo, se dirigió a la mujer de mediana edad que se encontraba frente a él.

—Buenas tardes, Milady. ¿Acaso os habéis extraviado en el inminente vendaval?

Ella lo miró de la cabeza a los pies y abrió desmesuradamente sus ojos al ver el gran fallo.

—¡Oh, Dios mío!

Él sonrió, servicial. —No temáis, Milady, os puedo garantizar que en estos momentos está descargado.

La mujer, con el rostro colorado, se tapó los ojos con una mano. —Disculpad, no pensé... no quería... En realidad, está dejando de llover.

Giró sobre sus tacones, se levantó la larga falda y comenzó a bajar la escalera de caracol hacia la

salida, no sin antes haber echado un último vistazo furtivo a la entrepierna de Ryan.

—Hasta pronto, Milady. A vuestro servicio. —Ryan se postró en una elegante reverencia, mientras ella, sin responder, cerraba la puerta a sus espaldas y desaparecía a toda prisa en la calle, bajo la lluvia que aún caía a cántaros.

Al volver a la habitación, Ryan encontró a Chris y a Tommy vistiéndose, mientras que Angélica estaba todavía sentada en la alfombra, con sus piernas recogidas entre sus brazos.

—¿Estás bien, Angel? —Se arrodilló detrás de ella y la envolvió en un tierno abrazo—. Estuviste estupenda, antes.

Ella le acarició la mano y la besó. —Vosotros, habéis estado estupendos, yo no he hecho nada.

Chris se adelantó, deteniéndose frente a ella, con la camisa y los pantalones todavía medio mojados y las manos apoyadas en las caderas. —Digamos que los cuatro estuvimos estupendos, ¿qué os parece?

Tommy se unió a ellos. —Concuerdo, hemos formado un bonito poker de ases. —Se acuclilló sobre sus piernas mirando fijamente a Angélica—. ¿Para cuándo la próxima partida?

Ella sintió un extraño estremecimiento recorrer su espalda, ante el mero pensamiento de revivir lo que había sucedido hacía algunos momentos, pero intentó divagar. —Nunca quisiera caer en la trampa del juego de azar.

Ryan le apartó el cabello y besó su cuello. —El azar es la sal de la vida.

La chica se limitó a esbozar una sonrisa de asentimiento, antes de cambiar de tema. —Parece que realmente está dejando de llover.

Él se levantó y tomó una toalla limpia de su bolso sobre el mostrador; abrió la ventana y la humedeció con el agua de lluvia que bajaba del techo. —Ten, Angel, si quieres limpiarte. —Se la pasó—. Digamos que no estamos en el Hilton, pero nos disculparás por esto.

¿Disculparlos? A Angélica le hubiera gustado quedarse encerrada allí con ellos una semana.

—Trataré de conformarme, señor Ryan.

Se puso de pie y tras aprovechar su amabilidad, buscó el bolso con su ropa seca y se vistió con los vaqueros y el top.

Ryan recogió las alas mojadas de su disfraz y se acercó. —Hoy un ángel perdió sus alas, al parecer.

Ella las tomó, rozando sus manos con sus dedos. —A partir de hoy este ángel ya no las necesitará para volar.

Chris dio otro paso hacia ella. —Y nosotros siempre estaremos listos para hacerte levantar vuelo.

La energía que los tres le transmitían iba más allá de lo imaginable.

Esa mañana Angélica apenas esperaba conocer a un chico guapo con quien coquetear, y ahora tenía a Chris, Tommy y Ryan a su alrededor, todos para ella, listos para llevarla de regreso al Cielo.

Ryan, como un verdadero caballero, intentó secarle las alas y escurrir su disfraz, antes de doblarlo y colocarlo en una bolsa de plástico que guardó en su bolso.

Tommy fue a la ventana y la abrió: las últimas gotas de lluvia caían perezosamente, agitando los charcos de la calle, mientras el sol se colaba entre el gran nubarrón oscuro y las montañas en el horizonte, dando vida a un atardecer digno de Walt Disney.

Angélica quedó cautivada, sus ojos brillaron de felicidad, extremadamente agradecida por aquella imagen idílica que llenaba su corazón.

Recogió el bolso con sus cosas y luego se volvió hacia los chicos. —Bueno, es hora de que me

marche, tengo que encontrar a Paige y a Violet. —Caminó hacia la puerta, tratando de no girarse para mirarlos, pero apenas consiguió dar un par de pasos antes de encontrar a los tres frente a ella, uno junto al otro, con los ojos cerrados y poniendo morritos.

—¡Estáis realmente locos! —Se echó a reír y los besó suavemente en los labios, primero a Chris, luego a Tommy y finalmente a Ryan—. Ahora me iré, pero gracias por todo.

—Fue un placer, Lady Angel. —Ryan extendió un brazo hacia la puerta—. ¿Verdad, chicos?

Los otros dos hicieron una reverencia y respondieron al unísono, como si se hubieran puesto de acuerdo. —Fue un honor, Lady Angel.

Ella negó con la cabeza riendo y bajó la escalera de caracol, dejando atrás a una Angélica a quien no creía conocer, pero a quien esperaba volver a encontrar lo antes posible.

Tratando de ocultar la dificultad para caminar tras un trato como el que había recibido, Angélica se dirigió hacia la calle principal, que estaba recobrando la vida, poblándose de los otros visitantes que después del temporal estaban saliendo de los sitios donde se habían resguardado. A pesar de que la multitud se había disipado bastante en comparación a lo que había sido previamente, necesitó más de un cuarto de hora para encontrar a sus amigas, que se habían refugiado en una tienda de regalos a unos cien metros de distancia.

—¡Aquí estás! ¿Dónde te habías metido? —Exclamó Paige tan pronto como la vieron.

—Os llamé, para deciros que esperaran, pero creo que nunca me escuchasteis. Después me sorprendió la tormenta y... —Por un momento pensó en contarles todo, pero luego decidió no hacerlo—. Esperé a que dejara de llover para buscaros. —Quería guardar celosamente todo lo que había vivido, sin ensuciarlo con un relato que no habría hecho justicia a lo que había sentido.

—Bueno, la próxima vez grita más fuerte, Angélica, estábamos preocupadas por ti. —Violet agitó su dedo delante de su rostro—. Nunca se sabe lo que puede pasar en estas situaciones.

—Oh, lo siento, mamá, no volveré a hacerlo. —Angélica sonrió socarrona, mientras su mente regresaba a una habitación cerrada con llave apenas iluminada por unas pocas velas, al sonido de la lluvia roto por gemidos y gritos de placer, y al fuego que los tres chicos habían sabido hacer arder dentro de ella, como nunca antes de entonces.

La mañana llegó demasiado pronto ese domingo, con un sol impiadoso que iluminaba la habitación de Angélica, filtrándose a ratos a través de las cortinas que ondeaban frente a la ventana abierta de par en par.

El estruendo de la aspiradora utilizada sin consideración alguna por parte de su madre en el pasillo, fue la gota que colmó el vaso: el primer pensamiento que irrumpió en su cabeza fue el de encontrar su propio lugar y hacerlo lo antes posible.

Estiró el brazo buscando el teléfono que yacía en la mesa de noche, lo cogió y lo giró para ver la hora: las once y cuarto.

—Dios.

Se envolvió fuertemente en la sábana como un gusano de seda en su capullo, negándose a

afrontar la realidad que la esperaba ahí afuera en el formato “mamá limpiando la casa y pidiendo cosas”, cuando no deseaba más que regodearse repasando los momentos más intensos que había vivido durante la tormenta del día anterior.

La noche continuó sin contratiempos. Después de una lujosísima cena a base de hamburguesas y patatas fritas, ella, Paige y Violet, participaron en varios juegos y bailes de disfraces para luego terminar envueltas en una mesa de “King's Cup”: contesta o bebe.

Salieron molidas y con el hígado en paro, pero habían conseguido arrastrarse hasta el coche y llegar a casa en una pieza.

Después de llevar a sus amigas a sus hogares, Angélica se había encontrado, en su amado Froggie, sola con sus pensamientos. Su mente inmediatamente se había dirigido a los momentos más calientes de esa tarde y, una vez en la cama, su mano se había deslizado entre sus muslos, buscando un placer que no podía siquiera acercarse al que había experimentado con Chris, Tommy y Ryan.

Sí: Chris, Tommy y Ryan.

Quién sabe si volvería a verlos y cuándo. Ni siquiera tenía un número de teléfono y ellos tampoco tenían el suyo. En cualquier caso ella no se habría atrevido a llamar y ellos no sabían nada de ella.

Se levantó de la cama frotándose los ojos: necesitaba un buen café.

Dio dos pasos para alcanzar la bata que estaba sobre la silla y, mientras se la ponía, la voz de su madre violentó sus tímpanos.

—¡Angie!

Cuántas veces le había dicho que no le gustaba que la llamaran “Angie”, pero ella insistía, para colmo, diciendo que era “su pequeña Angie”.

—¡Angie! ¿Estás despierta?

Y bueno, las madres son las madres. —Sí.

—Baja.

Ni una sola vez le decía lo que quería. Se limitaba a darle una orden, luego estaba en ella obedecer y ver qué necesitaba. Pero a esas alturas Angélica no tenía ni la fuerza ni las ganas de explicarle ciertas cosas.

—Voy.

Se calzó las pantuflas y caminó por el pasillo que conducía a las escaleras, imaginando ya quién sabe qué clase de fastidio debería soportar. Aferrada a la barandilla, comenzó a bajar los escalones con el mismo entusiasmo que un condenado a muerte se dirige a la silla eléctrica, cuando, a mitad de las escaleras, se quedó paralizada, congelada por la escena que se presentaba ante sus ojos.

Su madre sostenía en sus manos un ramo de flores silvestres multicolores, mirándola con una sonrisa a medio camino entre la demencia y la pura locura; pero la verdadera bomba sin detonar estaba detrás de ella.

Ryan, Chris y Tommy, en la sala de estar, impecablemente vestidos, mirándola como si fuera lo más natural del planeta.

Angélica tuvo un momento de desconcierto. Sacudiéndose de encima los escombros del mundo que acababa de derrumbarse sobre ella, se frotó los ojos, con incredulidad.

—¿Qu... Qué?

—Vamos, muévete, Angie. —La mirada de su madre parecía la de una jubilada después de haber rascado un boleto millonario de la lotería—. Ven a conocer a nuestros nuevos vecinos. —Incluso se atrevió a guiñarle el ojo, con quién sabe qué ideas extravagantes en su cabeza.

Angélica se armó de valor, desenfundó una sonrisa plástica digna de la mejor interpretación de una Meryl Streep en plena forma, y bajó las escaleras, deteniéndose a un metro de ellos.

Su madre se hizo a un lado para presentárselos. —Angie, te presento a Ryan, Thomas y Christopher. —Más alegre que unas Pascuas, se volvió hacia los tres, indicando con el brazo a su hija —. Chicos, ella es Angélica, pero podéis llamarla Angie.

—Angel, mamá. Angel. —Se acercó a Ryan y le tendió la mano, sus mejillas eran de un color

entre el púrpura y el carmín—. Mucho gusto, Angélica.

Esta vez él se limitó a estrecharla, con una actitud casi indiferente. —El gusto es mío, Angélica.

Ante el contacto con su mano, mil chispas subieron por su brazo hasta despertar a su corazón, mientras él, sin perder la compostura, le presentaba a los otros dos. —Te presento a mis dos hermanos: Christopher y Thomas, pero puedes llamarlos Chris y Tommy.

¿Hermanos!? ¿Cómo: “hermanos”?

Con la expresión de quien acaba de ver explorar un elefante en el jardín, Angélica le tendió la mano a los otros dos, luego la voz de su madre rompió la vergüenza que la estaba destruyendo.

—Acaban de mudarse aquí al lado, a la casa de los Thompson. Acabaron con la mudanza ayer mismo.

Joder. Con que esos eran los nuevos vecinos...

En el cerebro de Angélica miles de preguntas comenzaron a correr enloquecidas, rebotando entre las paredes de su cráneo. Se paró frente a Ryan, cubierta por su imponente corpulencia, y le susurró entre dientes para que su madre no la oyera: —Pero, vosotros... ¿Sabíais que yo estaba aquí?

Él se inclinó ligeramente hacia delante y le entregó algo. —La próxima vez no dejes que un extraño meta la mano en tu bolso. —Abrió la mano y le mostró su documento de identidad.

Su madre lo notó y no perdió la oportunidad para reprenderla. —Lo encontraron en la acera, frente a la verja. Siempre la misma distraída, Angie. —Se volvió hacia Chris, con evidente adoración —. Gracias de nuevo, chicos. —Olió las flores que apretaba contra su pecho—. También por las flores, son hermosas.

Él hizo una galante reverencia. —Ciertamente no es comparable a su belleza, señora Parker.

Una arcada subió desde el estómago de Angélica, no tanto por la colosal cantidad de cerveza que había bebido la noche anterior, sino por imaginar a su madre en las garras de Chris, mientras él la tomaba desde atrás.

—Bueno, gracias. Se me habrá caído del bolso anoche cuando estaba sacando las llaves.

Tommy intervino, aprovechando el momento para ponerse del lado de su madre y hacerla rabiar. —Será mejor que estés más atenta, el documento de identidad es muy importante. —Ella pudo percibir la carcajada que estaba conteniendo con dificultad—. Imagina si lo hubiera encontrado algún malintencionado.

—Por supuesto. —Se abrazó así misma, a la defensiva—. ¿Pensáis quedaros en la casa nueva mucho tiempo?

Ryan dio un paso atrás y apoyó sus brazos en los hombros de sus hermanos. —De hecho la compramos: necesitábamos una casa lo suficientemente grande para poder poner también nuestro estudio, y esta es perfecta.

—Tienen un estudio legal, Angie. —Su madre le guiñó el ojo de nuevo—. Pero por favor, sentaos. —Les hizo señas para que entraran en la sala de estar, sin embargo Ryan cogió su mano y se la apretó.

—Le agradezco, señora Parker, pero realmente debemos marcharnos. Tenemos mil cosas para hacer hoy y estamos algo atrasados con respecto a nuestros planes.

Los tres se dirigieron hacia la salida, seguidos por Angélica en versión de cachorrito que meneaba la cola. El último en salir fue el propio Ryan, quien se volvió hacia ella en el umbral de la puerta principal.

—Por cierto: esta noche daremos una fiesta en la piscina para inaugurar la casa. —Ryan le sonrió, fulminándola con sus ojos celestes—. Si quieres traer algunas amigas, sois bienvenidas.

¿Amigas? Violet... Paige... ¡Dios mío!

Por un momento Angélica se vio involucrada en una orgía en la piscina con ellos tres y sus dos mejores amigas.

No podía rechazar la invitación y tal vez ni siquiera lo deseaba tanto. Después de todo, esos tres habían logrado hacerle hacer cosas que ella ni siquiera habría soñado hacer, así que... ¿Por qué no?

—Oh, por supuesto, puedo preguntarles a Paige y Violet, estoy segura de que aceptarán con mucho gusto.

—Excelente. —Con la excusa de despedirse, antes de alejarse, Ryan susurró mordaz en su oído.
—Seréis las únicas invitadas, lo sabes, ¿eh?

Esas palabras recalcadas por su voz profunda vibraron dentro de ella, abofeteando a sus hormonas ya en éxtasis sólo por su presencia.

Los vio alejarse, bromeando entre ellos como buenos amigos, más que como buenos hermanos.

Sí, hermanos, ¿quién lo hubiera imaginado?

Angélica pensó por un momento en el verano que se avecinaba: tal vez sería uno de los mejores de los últimos años.

Y sin duda un verano fuera de lo común.

Gracias por haber leído mi historia,
espero que la hayas disfrutado.

Si deseas dejarme una reseña,
estaré encantada de leerla!

[En este enlace encontrarás todos mis escritos](#)

Sígueme para no perderte mis últimas publicaciones en español.

Feliz lectura y... ¡diviértete!